

**DOCUMENTOS**

# CHARITAS

**PUBLICACIÓN RESERVADA A LOS SIERVOS DE LA CARIDAD**

**PRESENTACIÓN**

**INTRODUCCIÓN: EL ESPÍRITU PROPIO DE LOS GUANELLIANOS**

**ESPÍRITU Y ESPIRITUALIDAD**

P. Piero Pellegrini

**LA FIGURA DE DON GUANELLA**

P. Leonardo Mazzucchi

**SÍNTESIS SOBRE LA ESPIRITUALIDAD DE DON GUANELLA**

P. Leonardo Mazzucchi

**LA FINALIDAD DE LA CONGREGACIÓN DE LOS SdC**

P. Piero Pellegrini y P. Attilio Beria

**PROFUNDIZACIÓN SOBRE LA FINALIDAD SECUNDARIA  
DE LA CONGREGACIÓN DE LOS SdC**

P. Piero Pellegrini

Redacción: Casa Generalicia - Vicolo Clementi, 41 - 00148 Roma

**EDICIÓN ESPAÑOLA**

**Año LXXXVII - Noviembre 2009 - N. 224**

CHARITAS n. 224  
RESERVADO A LOS SIERVOS DE LA CARIDAD  
AÑO LXXXVII - NOVIEMBRE 2009

DOCUMENTOS



# Sumario

---

- Presentación
- Introducción: el espíritu propio de los guanellianos
- Espíritu y espiritualidad (P. Piero Pellegrini)
- La figura de don Guanella (P. Leonardo Mazzucchi)
  - un corazón y un rostro
  - su espiritualidad
  - el pensamiento
- Síntesis sobre la espiritualidad de don Guanella (P. Leonardo Mazzucchi)
- La finalidad de la Congregación de los SdC (P. Piero Pellegrini y P. Attilio Beria)
  - en los proyectos y realizaciones del Fundador
  - en los documentos del Fundador
  - en el juicio de los contemporáneos de don Guanella
- Profundización sobre la finalidad secundaria de la Congregación de los SdC (P. Piero Pellegrini)



# PRESENTACIÓN

*Queridos cohermanos,*

*presento, en el contexto del Año Sacerdotal, un número especial del “Charitas” con algunos aportes de pensamiento sobre nuestro carisma que no pueden sino hacernos bien y reavivar en nosotros el valor de la misión que estamos realizando. Nuestra Congregación, en el contexto de Asia y África, de manera particular, se encuentra en expansión numérica y geográfica; esto significa la presencia de nuevas vocaciones que pertenecen a culturas diversas de aquella en la cual nació.*

*Si luego consideramos que desde nuestros orígenes nos separan algunas generaciones de cohermanos, se hace necesario para todos hoy retomar el estudio de nuestras inspiraciones carismáticas y la profundización de nuestro patrimonio espiritual que realizaron algunos de nuestros cohermanos; en primer lugar, P. Leonardo Mazzucchi, testigo privilegiado del espíritu del Fundador.*

*Otro punto de referencia importante para una mayor profundización de nuestra identidad carismática fue el Capítulo especial para la renovación de las Constituciones, como había solicitado el Concilio Vaticano II.*

*En este particular momento de gracia de nuestra historia, toda la Congregación vivió un período de intenso trabajo para redescubrir la originalidad de nuestro espíritu. Entre los cohermanos de la segunda generación guanelliana debemos señalar en particular a P. Attilio Beria y a P. Piero Pellegrini, de quienes, en este número especial del Charitas, he querido proponer algunos aportes, en la esperanza de que posteriormente este trabajo tenga continuidad. Próximamente estaremos en condiciones de ofrecer también el tan deseado comentario a las Constituciones, que recogerá justamente gran parte del trabajo que se realizó en la prepara-*

*ción al Capítulo especial. La intención de este “retorno a los orígenes” es la de invitar a todos a conservar y a entusiasmarlos por el don recibido por el Espíritu, como fuente de desarrollo creativo de nuestra Congregación en las distintas culturas en las que se hace presente en la historia.*

*El filósofo y teólogo danés S. Kierkegaard amaba decir: “La vida sólo puede ser comprendida mirando hacia atrás, pero debe ser vivida mirando hacia delante”.*

*Es fundamental “mirar hacia atrás” para entonces poder mejor “mirar dentro” de nosotros y en la realidad histórica en la que nos insertamos, tanto por deber de fidelidad a la vocación que hemos recibido como para que nuestra opción sea realizada hoy en sintonía con la inspiración originaria que el Espíritu ha suscitado en el Fundador.*

*Algunos textos aquí tomados, especialmente los de P. Mazzucchi, han sido adaptados en el lenguaje o en la forma para hacer más fácil la traducción a las diferentes lenguas, ya que el objetivo más concreto que me impulsó a preparar este material sobre el carisma ha sido la solicitud de tantos cohermanos jóvenes que no conocen, o conocen de modo imperfecto, la lengua italiana, y que desean abreviar con mayor facilidad de nuestro rico patrimonio espiritual.*

*Me confío en modo particular a los Superiores Provinciales para que provean a la traducción de estos textos. Invito también luego, a quien tenga la posibilidad y la voluntad, a colaborar con el Consejo General a fin de enriquecer más la bibliografía guanelliana con otros estudios y traducciones.*

*En sintonía con nuestro Plan Pastoral general de este año: “Reaviva el don de nuestra misión”, formulo para todos el augurio de saber y desear revitalizar con alegría y compromiso nuestra adhesión a Cristo y nuestro testimonio de caridad incluso a través de esta revisión de nuestros orígenes.*

*Confío a la Virgen, Madre de la Divina Providencia, el contenido de este volumen del Charitas. Ella, que supo educar y convencer a los siervos del banquete de las bodas de Caná de Galilea a seguir lo que el Maestro quería realizar, nos ayude a todos nosotros a saber adquirir convicciones renovadas para vivir bien nuestro ser “guanellianos”.*

*Saludo a todos cordialmente.*

Roma, 12 de noviembre de 2009, fiesta de la Madre de la Divina Providencia.

P. ALFONSO CRIPPA  
*Superior general*

# INTRODUCCIÓN: EL ESPÍRITU PROPIO DE LOS GUANELLIANOS

«Así como está escrito que ‘omnis spiritus laudat Dominum’ y que los espíritus, es decir, los guías del Señor, son varios y múltiples, así son varios y múltiples los espíritus que guían a cada individuo y en particular a cada grupo de Pía Unión y de Congregación religiosa» (L. GUANELLA, *Máximas de espíritu y método de acción*, Opera Omnia, Vol. IV, p. 26).

«El Señor paso a paso y para cada familia de la Pequeña Casa manifestará su espíritu y lo imprimirá en los corazones. [...] Es importante, aunque no aparezca a primera vista, el saberse regular según el espíritu de la propia Institución, porque sin ello la Institución misma podría caer en la ruina» (L. GUANELLA, *Ibidem*, pp. 26-27).

«Cada familia religiosa tiene un espíritu particular, sugerido por la gracia del Señor y por la cualidad de los tiempos y las circunstancias de lugar; y este carácter o impronta es lo que distingue a un Instituto de otros similares» (L. GUANELLA, *R. 1910*, Opera Omnia, Vol. IV, p. 1300).

«Es importante saberse regular según el espíritu de la propia Institución, porque sin ello perdería la Institución misma» (L. GUANELLA, *Máximas de espíritu y Método de acción*, Opera Omnia, Vol. IV, p. 27).

«El espíritu de la Casa se debe aprender a medida que el Señor lo manifiesta y lo imprime especialmente por medio de los superiores» (*Ibidem*, p. 27).

«En esto reside la fuerza del principio y del progreso de las obras en la Casa de la Divina Providencia, los superiores no se cansen de repetirlo,



y los subordinados de sentirse repetir» (L. GUANELLA, *R int. HsC*, Opera Omnia, Vol. IV, p. 968).

«Será un reclamo de asistencia más amplia y segura de nuestro santo Fundador el estudiar, recordar, absorber, transmitir las a menudo recordadas notas características de su espíritu, del cual debemos embeber a quienes educamos para continuar nuestras Obras y que debemos dejar en herencia donde quiera nuestra Congregación extienda sus fundaciones» (L. MAZZUCCHI, *Charitas* n. 61, p. 5).

«¡Oh padre, se paralice nuestra mano derecha, se pegue nuestra lengua al paladar, cese de latir nuestro corazón, antes de alejarnos de tu espíritu, antes de transgredir el conjunto de tu Obra, antes de entristecer Tu corazón con una vida menos digna!» (A. BACCIARINI, *Circular del 27 de noviembre de 1915, El Reglamento de los Siervos de la Caridad*, p. 410).

En qué medida don Guanella tenía bien claro su espíritu y se preocupaba para que nadie, por ningún motivo, ni siquiera con las mejores intenciones, se entrometiera para hacérselo cambiar, se lo vio clara y gravemente en el hecho que ya hemos recogido del testimonio de don Mazzucchi (L. MAZZUCCHI, *La vida, el espíritu y las obras de don L. Guanella*, pp. 181-182).

En cierto momento tuvo el justificado temor de que para obtener de Roma la aprobación de las Constituciones de sus dos Institutos, le fueran impuestas condiciones “vinculantes para su iniciativa y que pudieran contradecir el espíritu y su dirección”; y estaba listo a renunciar a constituir a los dos Institutos como Congregación jurídicamente entendida, y encontrar otra forma que le permitiera transmitir su espíritu en lugar de alterarlo.

«El Instituto así suscitado, debemos creer que el Señor lo quiere apropiado al espíritu de los tiempos para reconducir a la sociedad del alejamiento al verdadero amor a Dios y al prójimo» (L. GUANELLA, *R 1905*, Opera Omnia, Vol. IV, p. 1148).

# ESPÍRITU Y ESPIRITUALIDAD

**P. Piero Pellegrini**

*En este artículo, tomado del n. 2 de Informaciones (Boletín de la Provincia “Sagrado Corazón”) P. Piero Pellegrini profundiza el concepto de espiritualidad, poniendo en evidencia el núcleo sobre el cual se funda la espiritualidad guanelliana: la **paternidad de Dios**, “tesis fundamental para la Revelación y la teología cristiana, pero raramente tomada y colocada como centro de una espiritualidad”.*

*Este importante argumento nos califica y nos prepara para desempeñar nuestra misión guanelliana con los mismos sentimientos de nuestro Fundador, movidos por sus mismas virtudes de fe, esperanza y caridad.*

En el tiempo de don Guanella los reflejos jansenistas no permitían una valorización particular de esta “familiarización” con Dios; don Guanella intuyó la extrema riqueza teológica y práctica de esta presencia paterna de Dios entre los hombres y fue un precursor. Poco después de él, el contemporáneo Harnack, simplificando y exagerando, reducía toda la esencia del cristianismo a la revelación de que Dios es nuestro Padre. Hoy la liturgia renovada multiplica los llamados y las invocaciones a Dios-Padre y el término aparece casi en toda oración.

En esta moderna crisis de valores, incluso religiosos, y en un tiempo de frío tecnicismo materialista, el regreso a una imagen familiar, cálida y siempre actual, profundamente natural y humana, absoluta como el principio de todo y concreta como origen de todo viviente es un regreso perfectamente evangélico y nos remite a la estimulante visión de Dios que Jesús, San Pablo, los primeros cristianos, consideraron central y capaz de soportar el peso de toda la espiritualidad cristiana, porque respondía a nuestra necesidad de seguridad y al deber de una incansable, dinámica, inventiva e

\* Cfr. *Informaciones* n. 2, diciembre de 1973, pp. 4-33.

incluso afectuosa búsqueda de nuestro prójimo más sufriente. La miseria física y moral anima nuestra generosidad en el compromiso de reconstruir en los pobres, colaborando con Dios Padre y participando de su naturaleza, los lineamientos de la verdadera imagen de los hijos de Dios. Será necesario sentir profundamente esta paternidad de Dios, para saber revestirse de ella y transmitirla, como nuestra misión, con toda nuestra vida.

«El Señor es Padre tan generoso que dona su Corazón a las pobres criaturas que le entregan su corazón también tan pobre» (L. GUANELLA, *Reg. int. HsC*, Opera Omnia, Vol. IV, p. 968).

Es un llamado preciso a llevar también a la oración, nuestro encuentro personal con Dios, una *audiencia que nos concede el Altísimo* según don Guanella, aquel principio de vida cristiana que es el principio de nuestra vida cristiana.

Quizá nuestra oración se vacía rápidamente y el encuentro con Dios se fue realizando, con el paso de los años, formal y superficialmente, porque no estaba sólidamente anclado a la profundidad de nuestro ser, sino ligado al “sentimiento imprevisiblemente cambiante”.

### **Una fe personal que involucra todo nuestro ser**

La fe de la cual nace la oración no es entonces solamente teoría o convicción a nivel intelectual, sino capacidad y coraje de ponerse a sí mismo por entero, lo que se es y lo que se hace, frente a Él.

Y teniendo cada uno su propia fisonomía, incluso interior, las cualidades de naturaleza y los dones de la gracia encuentran en cada uno una resonancia particular y propia; y más auténtico uno es, más sabe expresarse a sí mismo incluso en su encuentro con Dios. Es la grandeza del compromiso humano y cristiano de poder abrirnos camino personalmente hacia las cosas más altas, colaborando verdadera y activamente con Dios que nos precede y nos acompaña.

Se puede construir una vida espiritual propia “por licencia”, imitando, se diría en términos industriales, la “patente” de otros, las formas descubiertas por los demás, incapaces de ser originales y por consiguiente auténticos; sería mortificante y no nos llevaría muy lejos.

Tener una espiritualidad significa en cambio llegar al descubrimiento de Dios y a una relación con él, siguiendo el recorrido por él mismo trazado en nosotros creándonos en un modo personal y poniéndonos, entonces, frente a Él con nuestra realidad más verdadera y más profunda, constituida tanto de naturaleza como de gracia: será quizá algo más pobre y limita-

do de lo que podemos admirar en otros, y será acaso contentarnos con hacer fructificar el único talento dado por Dios, pero es todo lo que Dios espera de nosotros. Significa descubrir que Dios es verdaderamente semejante a nosotros, en concreto, a pesar de nuestros límites, y gozar de esta facilidad de hallar en nosotros una base ya lista para encontrarlo en el plano real. La fe anima este encuentro y se torna crítica continua e inquieta para expresarnos mejor y para llevar esta visión de Dios al plano horizontal de los vínculos con nosotros mismos, las personas, las cosas, vistas a través de este conocimiento de Dios.

Por espíritu-espiritualidad, en conclusión, se entiende el modo personal que deriva de las propias cualidades más verdaderas, de relacionarse con Dios, visto y apreciado bajo una luz particular, y hacer de éste el principio firme y animador de toda la propia vida; iluminados y fortalecidos por esta relación personal con Dios, encontramos así la fuerza y los medios para dirigirnos al prójimo y a las realidades y para reflexionar sobre nosotros mismos, con la misión de llevar siempre esta imagen de Dios.

Significa entonces ser fieles y coherentes consigo mismos y con estos principios redescubiertos en Dios: y no es cosa fácil, con el riesgo de confundirnos y de promover los límites de nuestra mezquindad, en lugar de los espacios de la grandeza de Dios presente en nosotros.

Debe agregarse que para constituir una persona entran en juego numerosos factores:

- una época determinada influye con la sugestión de ideas dominantes y de problemas urgentes;
- influye el ambiente familiar y social, con sus componentes emocionales, culturales, afectivos;
- además la visión de Dios y del hombre, con las expectativas, las esperanzas, desilusiones y angustias: el hombre rudo del medioevo busca el encuentro con la realidad humana y dulce de Cristo, mientras que en el tiempo de los absolutismos se vislumbra a Dios como majestad a servir de forma no menos severa que al propio soberano.

El mismo evangelio es leído e interpretado en relación a las necesidades del tiempo; la experiencia de vida espiritual es siempre una búsqueda de Cristo, pero por caminos diversos, y el Espíritu, siempre presente, impulsa a los creyentes para que expresen del modo mejor la variedad infinita de las maravillas de Dios.

El encuentro de nuestra vida con Dios, por consiguiente, no nace y crece tanto a partir de reglas o modelos exteriores, sino que se funda sobre

la realidad personal y sobre las exigencias más verdaderas del corazón. Sólo así la vida espiritual satisface una vocación interior y no es más una superestructura hecha de costumbres o de convenciones superficiales, sino que se revela capaz de crecer en madurez y de resistir a los temporales inevitables. Los grandes maestros de vida espiritual han alimentado la vida de fe con la riqueza excepcional de su personalidad.

## **Modelos de espiritualidad**

A menudo, en efecto, el poder del Espíritu prepara corazones particularmente dotados, hombres de cualidades excepcionales y con una intuición superior: ellos se destacan en su tiempo, expresando sus cualidades y mejores tendencias; comprenden las necesidades de los tiempos y dictan una respuesta particularmente adivinada y feliz que toma lo que hay de más inmediato y de más profundo en el corazón del hombre. Su respuesta se vuelve iluminadora también para los tiempos futuros, su figura y testimonio hace reunir en torno a ellos hombres de sentimientos afines, capaces de valorar los principios intuitivos y de aceptar sus consecuencias prácticas. Se forman así, luego de estos grandes “modelos” o maestros de espiritualidad, las escuelas o las congregaciones o las tendencias espirituales. No es que se busque enmarcar y esfumar la propia realidad espiritual en estos modelos, sino que en ellos se encuentra la expresión más semejante y estimulante de una respuesta que los límites del hombre común o menos dotado no podrían sino esbozar pobremente.

Los Benedictinos, los Franciscanos, los Dominicos encuentran en los principios de fe y en las opciones y métodos de acción práctica propuestos por sus fundadores una guía para expresarse mejor a sí mismos, en esa línea que es elegida porque resulta más en consonancia con la propia persona.

Don Guanella debe ser ubicado ciertamente entre estos dones excepcionales que Dios hace a su Iglesia y al mundo.

Pero antes de hablar de esto es útil clarificar la reflexión pasando revista a algunos modelos clásicos de espiritualidad cristiana.

En el corazón de cada una se encuentra siempre una verdad central dominante, y es ciertamente el conocimiento especial o intuición de un aspecto de Dios que comporta consecuencias bien precisas de santidad de vida y de compromiso apostólico.

Por esto la *Sagrada Escritura* asigna habitualmente al inicio de la actividad de estos sumos maestros de vida espiritual, como fueron los profe-

tas, una visión de Dios, que se consolida fuertemente a partir de las características y exigencias personales del profeta, luego domina en toda la vida del profeta y resume su misión.

– Sería interesante releer la historia de *Abraham*, hombre generoso y valeroso, a la luz de su vocación, narrada en Gén. 12: el descubrimiento de un Dios exigente, amigo y fiel a las promesas, que lo compromete a ser considerado único interés y referencia de la vida y garantía del futuro de un gran pueblo, que descenderá de él, nómada, sin patria ni hijos, transforma a Abraham en modelo de fe y de esperanza para toda la historia de la espera mesiánica, esto es, del camino de cada hombre hacia Dios.

– O la historia de *Samuel*, hombre recto y fiel, a la luz de su vocación que le requiere un servicio a Dios, pronto y total, con desapego y desinterés, pero con fervor y puntualidad: desde aquella noche de la llamada no faltará más a sus citas con Dios en los acontecimientos alegres o tristes de la monarquía y del pueblo. Por esto el profeta es presa de la consternación cuando el pueblo le pide un rey, distinto de Dios: ¿es posible servir a otros, cuando Dios llama? Pero el pueblo necesita intermediarios; cosa que el profeta, que ha visto a Dios, tiene dificultades para comprender (I Sam. 3).

– O la historia de ese joven brillante y noble, *Isaías*, a quien Dios se revela como “santidad” altísima que exige santidad de su pueblo; en el día de la llamada es purificado, para que sea profeta del Santo de Israel, incansable en promover la santidad interior del culto; de Isaías parte una verdadera escuela de espiritualidad que se refleja en la Biblia hasta el tiempo del exilio (Is. 6).

– *Jeremías*, dulce y sentimental, deseoso de paz en el vórtice de la violencia, puesto desde su primer encuentro con Dios para “destruir y erradicar, para plantar y construir”; es signo y presencia del drama mismo que Dios está viviendo cuando como padre está obligado a volverse juez inexorable (Jer. 30-31); profeta melancólico y opuesto a que la nación tenga un triste final, modelo de piedad para el nuevo pueblo tras el exilio (Jer. 1).

– *Ezequiel*, sacerdote alcanzado por la presencia de Dios en tierra de exilio y hecho profeta para un pueblo disperso: descubrió en su fantástica visión de la llamada, la universalidad de Dios en el espacio y en el tiempo, y será su modo de referirse a Dios siempre, para sí y para el pueblo: un Dios que está en todas partes y especialmente en el corazón del hombre y que condena un culto solo formal: el culto nuevo nace de la responsabilidad personal frente a Dios, el corazón del hombre es el más espléndido templo de Dios (Ez. 1).

Profetas signados, al inicio de su misión, por un desconcertante des-

cubrimiento de una imagen de Dios, que responde a las propias estructuras personales y está bien inserta en un contexto histórico preciso, e impulsados a vivirla y a hacerse apóstoles de ésta, con todas las consecuencias prácticas a llevar adelante junto a Dios que trastoca los proyectos humanos y compromete responsablemente en su acción de salvación.

Sobre esta línea los evangelistas ponen en evidencia, al inicio de la misión de *Jesús*, una revelación particular, a orillas del Jordán y en perfecta sintonía con la situación particular de Jesús: la voz celestial anuncia más para nosotros que para Él que Jesús es el Hijo de Dios. Este será su anuncio, su misión profética: él es Hijo de Dios y a quien lo recibe le da el poder de hacerse hijos de Dios.

*San Pablo*, apasionado hombre de contemplación y de acción, vio a Cristo, en el camino de Damasco, en relación misteriosa con sus fieles y fue para siempre devorado por el amor hacia aquel Cristo que lo había arrebatado, y en la misión llevó el compromiso radical de llevar ese cuerpo – la Iglesia – al desarrollo pleno de la madurez de la Cabeza.

Los grandes maestros de vida espiritual tuvieron su encuentro personal y original con Dios y quedaron marcados por él durante toda su vida y en la misión. Debería ser un poco la historia íntima de cada cristiano.

Nuestro lamento es, quizás, que no siempre la formación nos ha llevado a ese encuentro personal con Dios, a ese descubrimiento original de Dios que había puesto en nosotros las premisas para tomar posesión de nuestro espíritu y guiarnos hacia metas excelentes.

Como Benito, que descubre un Dios a servir en perfecta obediencia en la oración y en la acción, como Bernardo, conquistado por la humanidad dulcísima de Jesús, mientras De Foucauld lo intuye como hermano; como Francisco de Asís que ve a Dios como Padre, o Domingo que lo siente como palabra que salva. Esta intuición trastoca los proyectos humanos de Francisco, de Ignacio, de De Foucauld, y en torno a ella reorganizan la propia vida.

Así don Guanella ha aprehendido en sí mismo la necesidad de Dios Padre y ha sentido y gustado su presencia dulce y aseguradora, aceptando la consecuencia de un compromiso de vida y de acción.

A nosotros, mucho más pequeños, no nos queda sino aclarar nuestra vocación:

Cómo Dios nos ha preparado y hecho capaces de ascender a Él, aprendiendo de uno de estos maestros que nos parece más cercano a nuestro espíritu y por esto nos hemos hecho guanellianos en lugar de benedictinos, a recorrer nuestro camino, reducible a uno de estos modelos dominantes, pa-

ra descubrir con ellos a Dios, algo o un aspecto de su grandeza y colocarlo en el centro de nuestra fe, como principio de toda nuestra vida.

*P. Pellegrini retoma luego (de la revista Vocation n. 259, 1972) algunos "perfiles" de espiritualidad (Agustiniana, Benedictina, Dominica, Franciscana e Ignaciana) con el fin de desarrollar y clarificar la espiritualidad guanelliana. Aquí se transcribe sólo el texto sobre la Espiritualidad agustiniana, por sus afinidades con la guanelliana.*

## **La espiritualidad agustiniana**

«Dios de mi corazón, Dios, mi dulzura. Vida de mi vida. ¡Oh, mi alegría que tarda en llegar!». Son palabras de amor de Agustín a Dios. Es el hombre que más ha hablado con Dios. Tras haber abandonado su espíritu en Dios con la oración de la noche, solía conversar con Él antes de dormir y, del mismo modo, cuando se despertaba por la mañana. Estaba impaciente por ser feliz y encontró la felicidad amando a Dios. No como diríamos nosotros, un poco demasiado apurados: «Dios mío, yo te amo», mientras no es verdad. Él se empecinó.

«Todo lo que sé, es que por todas partes, lejos de ti, no solo fuera de mí, sino también dentro de mí, yo siento malestar».

Lo que nos puede enseñar San Agustín es la pasión por Dios. Ella sola da un sentido a nuestra vida no con una elección entre varias verdades, sino con la opción de la verdad. De Dios venimos y en Él vivimos, Él habita en nosotros y nosotros estamos en camino hacia Él. Nuestra existencia sin Él sería una vida al margen de la vida. El hecho de haber llegado a la edad de la televisión o de la programación, cambia muchas cosas, pero no ésta: estamos hechos para ser felices con Dios y por medio de él. El ideal agustino para la vida humana es loco pero verdadero: lograr la intimidad con Dios desde ahora, aun en las difíciles condiciones de una vida en la tierra. Tenemos a disposición solamente algunos años para intentar esto: no se nos ofrecerá nunca más otra ocasión.

La espiritualidad agustiniana se encuentra toda en una única convicción que hace de punto de partida al progresar, al crear, al intentar, al buscar, al encontrar y luego de nuevo buscar. Es la espiritualidad de base: creer profundamente que es necesario amar, y vivir partiendo de esta convicción.

Donde está la caridad, está todo; donde falta, no hay nada.

En la vida del espíritu batallamos en terrenos secundarios para evitar el terrible combate: amar incluso cuando es algo insensato e imposible.



Durante toda nuestra existencia y a cada instante de ella sería necesario dar este paso de amor, sería necesario comunicar esta victoria para el amor. Negarse querría decir: no a la vida. Una falta de caridad no es una cosa como las demás, es la destrucción de todo, justamente en sus mismas raíces.

Vivir en presencia de Dios, elevarse hacia Él fue siempre la obsesión de Agustín. La oración agustiniana se define de inmediato: esfuerzo de unión de amor con la Trinidad presente en nosotros. La clave: Jn. 14, 23: “*Si alguien me ama, también mi Padre lo amará y vendremos y moraremos en él*”. Nos convertimos entonces en templo y jardín de Dios, en el recuerdo del Edén: Dios pasea allí donde encuentra grandes espacios de caridad.

## **La personalidad de don Luis Guanella**

Su personalidad es poderosa y genial: su vida interior no está hecha de tesis tomadas de los libros o de costumbres superficiales, sino de profundas y dolorosas experiencias vividas; las cualidades naturales constituyen una fuerte carga de acción acentuada por su experiencia hacia los demás; la gracia lo preparó y lo acompañó con generosidad divina.

Quizá la influencia exterior de familia y de educación religiosa puso de relieve ciertas exigencias de su espíritu. Lamentablemente no podemos leer mucho de su intimidad, porque, se ha dicho a menudo, evitaba hablar de sí mismo y normalmente era reservado. La colección de su epistolario nos da la confirmación de esto. Sólo pocas cartas, referidas a momentos excepcionales de su vida, son verdaderamente personales; en gran parte son notas de oficina, realización de trámites o vínculos que revelan su apertura hacia el corresponsal, pero no descubren mucho su espíritu, su historia íntima, ni siquiera allí donde lo esperaríamos, como en la correspondencia con P. Leonardo Mazzucchi o con otros cohermanos y amigos queridos.

Es necesario conectar elementos diversos para descubrir cómo llegó a sentir y experimentar al Señor como Padre y a hacer de él el eje de su vida (Cfr. don ATTILIO BERIA, *El Beato Fundador don Luis Guanella, Síntesis Viviente: Espíritu y Carisma*, presentación para el Capítulo especial).

Es necesario tener presente:

- la influencia de la familia: la severidad del padre, la dulzura de la madre, el número de hermanos, la separación prematura de la familia hacia el colegio lejano;
- la severa forma de piedad absorbida en familia y la formación eclesial y doctrinal llena de resabios jansenistas;

- El encuentro precoz con la pobreza en casa y con los pobres fuera de ella; la severidad de la vida juvenil; la antropología dominada por un duro juicio sobre el hombre abandonado a sí mismo, pero con una enorme esperanza en su plena redención;
- El duro período de tribulación exterior y de prueba interior en los años difíciles de su vida.

En este contexto, en su espíritu va lentamente prevaleciendo la idea de que **Dios es Padre**; se torna principio que explica todo, que mueve todo. Y lo afirmó con notable frecuencia. La suya fue expresión de instinto cristiano: revelación de Dios como respuesta a una exigencia profunda de su espíritu, surgida como intuición del corazón, no como conclusión de un razonamiento. Dios-Padre tomó posesión de su mente; se hizo guía de sus sueños y luego de sus realizaciones y, entonces, también garante de sus deudas; sobre todo, dio unidad espiritual a toda su vida.

Su espíritu necesitaba esta confortante visión de Dios, si se tiene presente su grave juicio sobre el hombre. Ya se han recopilado varios textos expresivos al respecto; pero es útil reflexionar que su “pesimismo” se encuentra sólo como telón de fondo: una expresión de cuanto podía leer en sí mismo, en su ambiente, también en la miseria que iba recogiendo en sus Casas, expresión coherente con la firme adhesión a la verdad del pecado original.

Este pesimismo está ampliamente superado por la esperanza en Dios y en la redención – esperanza que se extiende al alma y al cuerpo e impulsa intensamente toda la vida de don Guanella hacia la salvación del hombre entero. El hombre solo es algo muy triste, pero tomado por Dios se transforma profundamente. Se abre una visión optimista que por sí sola puede explicar las opciones apostólicas de don Guanella en favor de los más pobres, los pobres de inteligencia y de cualidades espirituales: también para ellos hay salvación.

Es significativo también el hecho de que el período más intenso de reflexión de don Guanella junto a don Bosco (1875-1878) esté enmarcado entre las fechas dolorosas de la muerte de los padres: papá Lorenzo el 22 de enero de 1874, mamá María el 18 de setiembre de 1879, y poco después les dedica, en la plenitud de los años oscuros y difíciles (1880), el librito “Vamos al Padre – invitaciones familiares para meditar bien la oración del Padre Nuestro”; del dolor y de la miseria humana se produce el rápido pasaje a la paternidad insustituible de Dios.

Estas perspectivas se insertan sobre el fondo emocional y afectivo que se reconoce a don Guanella y que se manifestó tanto hacia Dios como

hacia los hombres; encontramos aquí un estilo de vida que fue luego transmitido a nosotros como caracterizante: familiaridad, hospitalidad, simplicidad sin singularidades o exterioridades o apariencias, confianza en Dios y en las personas...: un estilo verdaderamente de familia.

Y aquí, al respecto, un texto del Fundador muy expresivo: «Las formas y las expresiones de monaquismo, de soledad y de taciturnidad excesivas se deben evitar. En todo y hasta el límite de la culpa un corazón que quiere complacer y ayudar al prójimo suyo conviene que se muestre cortés, desenvuelto, condescendiente hacia esa libertad de espíritu que es un verdadero don del cielo» (L. GUANELLA, *Máximas de espíritu y método de acción*, Opera Omnia, Vol. IV, p. 27).

Es un texto que rompe esquemas y formas. Naturalmente, debe ser inserto en el contexto del escrito *Máximas de espíritu y método de acción* de 1888, en el cual son significativos estos capítulos: 1 - El esfuerzo (el trabajo); 2 - Método para hacer un poco de bien... 6 - Vínculo de unión; 7 - Luego de la santificación propia debe procurarse la santificación de los demás.

El contexto y la vida de don Guanella revelan madurez de espíritu y de gracia, capacidad de medir el riesgo y controlarse, riqueza de auténtica donación; sólo en estas condiciones, esta “libertad de espíritu” – en todo y hasta el límite de la culpa – es un verdadero don del cielo.

Conocemos su estilo de piedad intensamente afectiva y contemplativa, concretada en torno a puntos focales: la Eucaristía, el Sagrado Corazón, la Virgen Inmaculada y nos es familiar la referencia continua a la Providencia de Dios hacia sus hijos.

Sería interesante también verificar la resonancia del tema de la paternidad en don Guanella, viéndolo extendido

- a Jesucristo (hermano y padre nuestro);
- a la Virgen (de Inmaculada a Madre de la Divina Providencia);
- a la Iglesia: hay un significativo recuerdo en la biografía del Fundador realizada por don Mazzucchi (L. MAZZUCCHI, *La vida, el espíritu y las obras de don Luis Guanella*, p. 370);
- al sacerdote en el capítulo XIV de la obrita “El Montañés”. El texto, de fondo autobiográfico, comienza con las palabras del jovenito a Dios: “*Padre, yo quiero hacerme cura*” y concluye con el dolor del pueblo: “*Oh Padre, oh pastor piadoso, ¿por qué nos has dejado huérfanos y desolados?*” (L. GUANELLA, *El montañés*, Opera Omnia, Vol. III, pp. 1002-1003);
- a los educadores en los Institutos.

Agréguese la nota de la actividad para hacer múltiple, variada y personal su referencia a Dios, al prójimo y a sí mismo. Todas las características mencionadas adquieren un tono dinámico, enérgico: frecuente y variado en su búsqueda cotidiana de Dios en la oración y en el modo de proponerlo a los demás, incansablemente abierto y comprensivo, benévolamente invitador y impulsor, paternalmente diligente hacia los pobres, insistente hacia los cohermanos al proponer *«esa caridad de Jesucristo que es el primero y principal vínculo de los Siervos de la Caridad»* (L. GUANELLA, *R SdC 1905*, Opera Omnia, Vol. IV, p. 1187).

Se tiene así el cuadro sintético de su rica personalidad, fundada sobre principios sólidos y abierta a una pluralidad de intereses y de acciones concretas, que pueden remitirse, en sus líneas más esquemáticas, a aquel **“rezar - padecer - caridad”** que encontramos como guía que nos fuera transmitida.

Su espíritu se convierte en carisma, don de Dios a la Iglesia para obras nuevas. Es el espíritu de la Congregación, el alma interior que hace comprensible y sólida nuestra elección de dirigirnos a los más infelices hijos de Dios para su elevación material y espiritual.

Se puede afirmar que, sin esta animación interior, es muy difícil ser de don Guanella. Como aquellas opciones prácticas de asistencia de don Guanella maduraron lógicamente (lógica de fe, sobre todo) a partir de situaciones precisas, sólidamente fundadas en Dios y la naturaleza humana, así para nosotros vocación guanelliana quiere decir estar abiertos (por naturaleza y por gracia) a estas disposiciones interiores, a estas opciones y actitudes; esto es, estar en condiciones de recorrer, con convicción que nace de la consonancia de principios y de tendencias, el mismo itinerario interior realizado por el Fundador.

El estudio del espíritu de la Congregación, especialmente ahora que el tiempo se distancia ya netamente de los orígenes, se convierte no sólo en un gustoso redescubrimiento de las vicisitudes personales e íntimas de quien es nuestro padre, sino también una necesaria conexión con las fuentes, para no aridecer, entre discusiones y programaciones nuestras o entre los requerimientos del continuo progreso científico también en el sector asistencial, el corazón de nuestra vida religiosa guanelliana.

A partir de estas premisas que serán, al menos en parte, retomadas y documentadas, y con la finalidad mencionada, nació la primera parte de nuestras actuales **Constituciones** (C 1-16) hechas de textos del fundador

transcritos en lo posible literalmente, en ocasiones abreviados o bien retomados de documentos de don Mazzucchi sobre el espíritu del Fundador. Estos números quieren ser una lente a través de la cual nuestra vista pueda ver nuestra referencia cotidiana al Evangelio vivido y aplicado por el Fundador; y no se ha de dudar que la interpretación, incluso reducida a aquellos pocos puntos esenciales: Dios es nuestro Padre - orar - padecer - caridad, está auténtica y perfectamente en el corazón del Evangelio.

Cotéjese, en caso de desearlo, el prólogo "*Ausculata, fili*" antepuesto por San Benito a su Regla: la perspectiva del monje hacia el abad en la escucha y en la obediencia resume ciertamente un espíritu evidentemente singular.

## **Su intuición fundamental: la paternidad de Dios**

### *Los principios*

Recuerda que, por el pecado, eres un amasijo de miseria y de malicia de las cuales, solo, no hubieras jamás podido liberarte.

Pero, por su suma piedad, Dios te hizo grande con una grandeza celestial. Dios se mostró para ti un Padre bueno y te amó:

- en la creación, dándote un alma inmortal y un cuerpo similar al de Jesús.
- en la redención, tendiéndote la mano, en la fuente bautismal y abrazándote como hijo por adopción.

Él te unió consigo por medio de su Hijo Jesucristo Crucificado, tu Redentor, con el cual el Padre quiere que te configures, transformándote en él.

- Por esto Jesucristo permanece siempre contigo: en la Eucaristía y en el pobre.
- Vive entonces unido a él que es tu Padre y hermano querido.
- Déjate dirigir enteramente por él, y verás los portentos de su piedad divina y de su poder infinito.

### *Las consecuencias*

#### *- Orar*

Porque Dios es tu Padre, ten hacia él una piedad filial: apresúrate al encuentro de tu Señor con todas las facultades del alma, con todas las po-

tencias del cuerpo, que la invocación frecuente sea la sonrisa filial al Padre; tu oración es una audiencia que el Altísimo te concede para conversar con el Señor tu Dios. Expulsa de tu corazón cualquier temor: ¡ama y sé bienaventurado! Y abandónate con confianza en su Providencia divina.

El centro de tu piedad sea Jesús Eucarístico; la Virgen Inmaculada te enseñe a unirte a él como ella se unió, corazón a corazón, a su divino Hijo.

Reconoce en todas las verdades y gracias de la Fe una magnífica generosidad del Corazón de Jesucristo y mantente sólidamente unido a la Iglesia y al Papa...

#### – *Padecer*

Ya que has sido liberado de tu miseria, evita sobre todo el pecado, emplea contigo mismo severidad y mortificación, con desprecio de ti mismo.

Evita cualquier apariencia, singularidad y exterioridad.

Da en cambio preponderancia a las virtudes interiores frente a la actividad externa; pero que el intenso trabajo de cada día sea especialmente tu padecer.

#### – *Caridad*

Como el Padre tuvo misericordia de ti, también tú empléala con tus hermanos; también ellos tienen la imagen de Jesús y te lo presentan, y sobre los más míseros dirige tu piedad hacia Jesús Crucificado.

Esfuézate con celo ferviente por su bien sobrenatural: con disposición grande para la misericordia, con energía y dulzura de dirección, procura una espiritualidad profunda, pero emplea una gradualidad paciente y concesiones hacia quien tiene una marcha más lenta.

Restaura sus cuerpos fatigados: con caridad en todo has de saber edificar ya aquí en la tierra la familia del Padre: con hospitalidad hacia las miserias más abandonadas, interés por los más humildes, una abordable familiaridad y una expansión alegre.

Con el método preventivo haz que a nadie lo afecte mal de ningún tipo y que todos, en el camino de la vida, lleguen a feliz meta.

No te preocupes por su sustento: no eres tú, sino el Padre Celestial quien mantiene a sus hijos y no dejará que nada les falte.

Sin embargo aprecia los bienes que se te envían como patrimonio de los pobres, que debes administrar severamente: no constituyas rentas fijas.

Para ti, luego, los bienes terrenos sean como espinas en el corazón; tu pobreza sea para ti escuela de confianza en Dios y de unión cada vez más íntima con Él.

### *Los documentos*

#### *– Textos del Beato Fundador*

- A. - Textos sobre la paternidad de Dios.
- B. - Textos sobre Jesucristo, expresión de la Paternidad de Dios.
- C. - El capítulo sobre la obediencia, del Reglamento de 1910, con la presentación de P. Beria (de la Presentación “El B. Fundador Don Luis Guanella”, presentada al Capítulo especial para la renovación de las Constituciones).

#### A. - LA PATERNIDAD DE DIOS

Si se tiene en cuenta

- las severas formas de piedad absorbidas en familia
- la formación eclesial y doctrinal llena de resabios jansenistas
- el período de tribulación exterior y de prueba interior, hasta el umbral del desánimo

nos parece que deberíamos hablar de revelación y de milagro frente a la constatación de que en este tiempo (1878-1886) llega a su madurez su modo de sentir y experimentar al Señor como Padre.

Es de 1880 la obra “*Vamos al Padre*”, que es un gran texto de la doctrina de la paternidad de Dios.

Doctrina que crecía en la otra obra “*Vamos al monte de la felicidad*”, que es del año siguiente y que en los años sucesivos será retomada en las conferencias a las hermanas de Pianello (conferencias que ofrecieron el material para redactar “*El Fundamento*”).

#### *– Teología de la paternidad de Dios*

«Estás lejos de tu Señor y entiendes que debes regresar a él... Si las tuyas con como lágrimas del siervo que llora por el mal que le traen aparejados sus desórdenes, estás cerca de obtener el perdón por tus graves deudas. Más aún, si a estas lágrimas agregas una gotita de aquellas lágrimas y de aquella sangre que Jesús esparció sobre la cruz, entonces ya es-

tas perdonado. Que si las tuyas son ya como las lágrimas del hijo desolado que siente dolor por el displacer sumo que ha dado al padre, entonces ya el Padre Celestial está dispuesto a perdonar a los tuyos y a recibirte de nuevo en su casa, porque el Señor ama de inmediato a aquellos que lo aman» (L. GUANELLA, *Vamos al Padre*, Opera Omnia, Vol. III, p. 149).

«En efecto, apenas muestras arrepentirte y sufres pensando en él... el Señor, tu Padre, cuenta los suspiros de tu corazón» (L. GUANELLA, *Vamos al monte de la felicidad*, Opera Omnia, Vol. III, p. 216).

«Escucha, entonces, la voz del Padre que te llama; intenta alejar de tu corazón los rumores del mundo y entonces se manifestará viva la palabra de tu Dios. Apenas la hayas escuchado, acude como hijo a la voz del Padre dilecto, y pronto serás abrazado por el Señor como hijo querido» (L. GUANELLA, *En el mes de las flores*, Opera Omnia, Vol. I, p. 918).

«Reflexiona recordando cuando, pastorcito, cuidabas el rebaño; entonces tu pensamiento acudía rápidamente al padre y a la casa doméstica... El corazón acumulaba sus afectos y las lágrimas irrumpían como dos fuentes de los ojos. Para restañarlas, gritabas: ¡el padre está en casa, pronto volveré a ver a mi padre querido! Las ternuras que tienes para tu padre terreno te deben conducir a multiplicar en ti el amor hacia el Padre Celestial. En medio de las penas de la vida, piensa continuamente: mi Padre y Señor está en el cielo; pronto volveré a ver allí al Padre» (L. GUANELLA, *Vamos al Padre*, Opera Omnia, Vol. III, p. 113).

«Al volver al Señor, piensa: en este momento disfruto toda la alegría que experimenta en sí mismo el hijo que ha regresado a los brazos paternos» (L. GUANELLA, *Ibidem*, p. 173).

«Reflexiona entonces que son dos los montes de la ley de tu Señor. Está el monte Sinaí, en la cima del cual Dios publicó a sus siervos, los judíos, una ley que hace próspero al hombre como la orden del patrón que hace próspero al siervo fiel. También está el monte de las Bienaventuranzas evangélicas: desde la cima de este monte el Señor manifestó enseñanzas que dan íntimo gozo, como los deseos de un padre óptimo que alegran el corazón de un hijo dilecto» (L. GUANELLA, *Vamos al monte de la felicidad*, Opera Omnia, Vol. III, pp. 185-186).

«A estas órdenes del Señor Padre, un hijo puede responder de maneras diversas. Imagínate ahora a tres hijos del mismo padre que llevan a cabo los mismos deseos paternos. Miras al primero y percibes que obedece únicamente para no ser castigado; miras al segundo y ves que obedece únicamente para recibir el premio; el tercero, en fin, obedece por el deseo ardiente que tiene de complacer en todo al Padre querido y de procurarle



consuelo. Este último hijo es ciertamente más loable. Más aún, adviertes aquí que un mismo hijo puede obedecer de dos maneras diferentes. Un hijo obedece al padre para complacerlo y no piensa en otra cosa. El otro hijo obedece de la misma manera para satisfacer el corazón paterno y al mismo tiempo considera las órdenes recibidas, las admira y las hace admirar; luego, en la medida que puede, estudia las palabras del padre y penetra en los afectos de su espíritu, porque el buen hijo querría pensar como el padre, hablar como el padre, desear sólo aquello que desea el padre dilecto» (L. GUANELLA, *Vamos al Padre*, Opera Omnia, Vol. III, pp. 138-139).

«Si subes muy alto en los grados de este amor al Padre, si tú corres hacia Dios con afecto de hijo tierno e imitas sus virtudes, verás cómo el Señor hallará consuelo en ti» (L. GUANELLA, *Ibidem*, p. 119).

Queda aún la cima de esta relación del hijo al Padre:

«Tu Padre Celestial tiene más deseos de darte sus dones que tú, premura de pedirlos; Él te colma con sus favores a cada instante: y para que no creas que te beneficia porque tú le resultas grato, a menudo Él dispone que ni siquiera tú te apercibas de las mayores gracias que te concede» (L. GUANELLA, *Ibidem*, p. 111).

«Cuando el hijo reproduce en sí las virtudes del padre se forma de los dos un solo pensar y un solo querer. Cuando luego conversan, lo hacen con familiaridad cordialísima, porque saben que están unidos en el amor» (L. GUANELLA, *Ibidem*, pp. 115-116).

«Al corazón del hijo le basta encontrarse entre los brazos del padre: ¿y a ti, cuándo te bastará el consuelo de verte en el seno del Padre Celestial?» (L. GUANELLA, *Vamos al monte de la felicidad*, Opera Omnia, Vol. III, p. 210).

En la doctrina y devoción de la Paternidad de Dios, sentaron sus raíces el sentido y la doctrina de la *Providencia divina*.

Dios, que es Padre, todo lo hace por sus hijos.

El don más grande de paternidad ha sido enviarnos a su Hijo, su Amor, para que como Mediador nos recondujera a Él. Pero con aquel primer don, todo en nosotros, de nosotros y en torno a nosotros es obra del Padre, su Providencia. Los mismos escritos *Vamos al Padre - Vamos al monte de la felicidad*, importantes por la doctrina sobre la Paternidad, son también textos para la doctrina sobre el Amor providente de Dios, Padre e Hijo. También son ricos en este tema los pequeños volúmenes de apologética *Cristo viviente en su Iglesia - Las glorias del Pontificado - Una mirada a la Iglesia militante*, en los cuales es constante el pensamiento que Dios providente gobierna al mundo y guía a su Iglesia.

De la doctrina de la Paternidad proviene el lugar que tiene *Jesucristo en el centro de la vida cristiana*, y el modo particular de don Guanella de sentir, pensar y vivir a Jesucristo.

En la misma obrita dominada por la idea de la Paternidad de Dios *Vamos al Padre* y luego en la otra, *En el mes del fervor*, cuatro años posterior (1884), tenemos los textos de esta doctrina sobre Jesucristo, Padre de la misma paternidad de Dios Padre - Mediador al Padre - Revelador del amor (Sagrado Corazón) del Padre.

Jesucristo realizó su misión mediadora con la Encarnación y la Pasión, la continúa en la Eucaristía. Estos son los misterios de Cristo que predominan, en efecto, en la meditación y en la oración de don Guanella. Él, para expresar en una sola visión todo este misterio de amor encarnado, crucificado, eucarístico, encontró óptima la doctrina del Sagrado Corazón y buena la forma del culto al Corazón de Jesús. Así, renovó con mucha mayor profundidad la devoción al Sagrado Corazón que ya había sido uno de los puntos fuertes de sus años de formación.

## B. - JESÚS “PADRE”

### a) *En los misterios de su vida, de la Encarnación a la muerte*

En el hombre y en el cristiano la parte noble es el alma. Cuando las buenas cualidades de un hijo se asemejan a las óptimas cualidades del espíritu del Padre, entonces se forma entre los dos una conjunción de afecto vivísimo.

«Jesús Padre de los hombres quería unir los afectos y su persona a los afectos y a la persona de sus hijos. Por eso, imaginó a tal efecto algo que ni la mente del hombre ni la inteligencia del ángel hubiera podido pensar jamás» (L. GUANELLA, *En el mes del fervor*, Opera Omnia, Vol. I, p. 1218).

«Los pastores y los Reyes magos, cuando llegaron al pesebre de Belén, saludaron a Jesús diciendo: “¡Este es nuestro padre!”. José y María, al surgir la luz de cada día en Nazaret, se inclinaban ante Jesús diciendo con plenitud de afecto: “¡Este es nuestro Padre!”, hasta que, consumidos por la llama del deseo, también ellos, como Jesús sobre el monte Sión, levantaron vuelo hacia el Paraíso, donde, llegados a la vista de Dios Padre, exclamaron con el gozo de los bienaventurados: ¡Este es nuestro Padre, este es nuestro Padre! El Padre, entonces, más que otras veces se dirigió a ellos diciendo: “Yo soy para ustedes Padre y ustedes son mis hijos: entonces Yo los consolaré”» (L. GUANELLA, *Vamos al Padre*, Opera Omnia, Vol. III, p. 121).

«El Corazón de Jesús es corazón de Padre. Jesús habita treinta años en la casa de Nazaret y de allí con gozo inefable discurre familiarmente con el Padre eterno» (L. GUANELLA, *En el mes del fervor*, Opera Omnia, Vol. I, p. 1186).

«Ven al Cenáculo, donde está Jesucristo por última vez con sus apóstoles. Al día siguiente Jesús morirá en la Cruz sobre el Calvario. Un padre que parte lejos de los hijos se siente dividir el corazón en dos. Si, además, debe partir de esta vida, entonces tiene una ternura indecible... Mientras tanto, comulgó con cada uno de los apóstoles, y luego, dirigiéndose a ellos, continuó: “Discípulos míos: lo que me vieron hacer en este momento, háganlo ustedes mismos hasta el fin del mundo porque yo soy su Padre y ustedes son mis hijos. No puede el corazón de un padre estar alejado de sus hijos. Yo ahora me dispongo a morir y luego resucitaré al tercer día y ascenderé al cielo: pero no los abandonaré, porque el padre no puede estar lejos de sus hijos. Yo estaré con ustedes hasta la consumación de los siglos» (L. GUANELLA, *Ibidem*, pp. 1277-1278).

«Imagina ahora a Jesús tu Padre en el huerto de los olivos; piensa que estás cerca de Jesús que agoniza en la Cruz. Pregúntale el porqué de tantas penas y te responderá con gemidos piadosos: ¡Tuve hijos que alimenté y exalté y ellos me han despreciado! ¿Te les unes ahora tú?» (L. GUANELLA, *Vamos al Padre*, Opera Omnia, Vol. III, p. 119).

«¡Considera qué buen corazón de Padre es el de Jesús Salvador y Señor tuyo! Grita de continuo: ¡Vine a buscar las almas de los hijos que estaban perdidos! Y mientras, se esfuerza por encontrarlos y cuando los encuentra los abraza en su seno con gozo altísimo» (L. GUANELLA, *En el mes del fervor*, Opera Omnia, Vol. I, pp. 1204-1205).

«Nosotros no nos gloriamos en otra cosa más que en la Cruz de Nuestro Señor Jesucristo, en la cual está la vida, la salud y la resurrección nuestra... Los apóstoles alegraron tan profundamente el Corazón de Jesús, que cada vez, como hijos dilectos, le exclamaban: “¡Padre! ¡Padre!”. Él respondía: “¡Ustedes son mis hijos y son mis dilectos!”» (L. GUANELLA, *Vamos al Padre*, Opera Omnia, Vol. III, p. 120).

## b) *Al dar los mandamientos y enviar las pruebas*

«El corazón de un Padre es un corazón lleno de ternura, porque, queriendo hacer bien a su hijo, hace proporcional el peso de la fatiga a las fuerzas de su pequeño cuerpo... Del hijo no pide otra cosa más que habitar en casa, y ser dócil a la voz del maestro. Quiere que esté atento a las sugerencias de la madre, que realice con asiduidad, en lo posible, los pequeños

servicios de la familia. El Corazón de Jesús es corazón de ese padre óptimo» (L. GUANELLA, *En el mes del fervor*, Opera Omnia, Vol. I, p. 1190).

«Jesús, con corazón de padre, de verdadero padre, te invita así: Ven, porque mi yugo es suave. El yugo es el de los mandamientos.

Imagina que un padre le diga a su hijo: hónrame, no me ofendas mal; al llegar la fiesta de mi onomástico, dame alguna señal de afecto: respeta a tu madre y hermanos y no ensucies en el fango tu propia persona, no hagas nunca a los demás lo que no desees para ti mismo. Aquí está Jesús tu Padre, el cual, al yugo suave de sus mandamientos agrega el peso ligero de sus consejos» (L. GUANELLA, *En el mes del fervor*, *Ibidem*, p. 1201).

### c) *En la Eucaristía*

«Considera ahora que el Señor desde el cielo continúa contigo este discurso admirable. Sobre esta tierra Jesús en el SS. Sacramento te alcanza con amor divino: Yo soy para ustedes Padre y ustedes son mis hijos... Estoy aquí para salvar a todos... Acérquense, oh hijos, para que yo los abrace.

¿Qué respondiste tú hasta aquí a Jesús y qué te propones decirle ahora? Si no sabes algo mejor, replica: ¡Padre! ¡Padre! ¡Padre!

Murmura este nombre amado con la ingenuidad del hijo amante y esto complacerá profundamente a Dios Padre» (L. GUANELLA, *Vamos al Padre*, Opera Omnia, Vol. III, p. 120).

«¡El Cuerpo de Jesucristo, Señor y Padre mío, me custodie para la vida eterna!» (L. GUANELLA, *Ibidem*, p. 175).

«Sabes que complaces a Dios y estás seguro de que el Señor te cuidará. El hijito está en paz cuando se encuentra entre los brazos del padre; entonces, ¿cómo es posible que tú no goces la tranquilidad cuando te encuentras entre los brazos de Jesús tu Padre?» (L. GUANELLA, *En el mes del fervor*, Opera Omnia, Vol. I, p. 1219).

## C - LA OBEDIENCIA

Un gran texto de la doctrina sobre la Paternidad de Dios y sobre Cristo, Mediador ejemplar ante el Padre, es el capítulo sobre la obediencia en el Reglamento de los Siervos de la Caridad de 1910.

Sólo algunas menciones. Remitimos a la lectura del texto (que en ocasión del Centenario de la publicación será comentado más en detalle).

– El hijo quiere conocer, amar, seguir el querer y los deseos de su Padre óptimo, sabio, bueno, santo. Así él da alegría al Padre y encuentra paz y felicidad para sí.

– Nosotros, pobres hijos, redimidos por la Sangre de Jesucristo, debemos amar a Jesucristo nuestro padre bueno y configurar nuestro corazón a los deseos de su Corazón. Él dijo: «de esto se conocerá si me aman, si cumplen la voluntad del Padre»: Jesús por el Padre.

– El mérito de la obediencia está en el modo en el cual un hijo establece la relación con el Padre para sí y para sus cosas.

– El cristiano que busca la perfección debe establecer con el Padre una relación conforme al ejemplar-Mediador que es el Verbo eterno, quien se hizo hombre para cumplir la voluntad del Padre.

– También los grados de la obediencia son explicados considerando los niveles de profundidad que un hijo puede alcanzar en la relación con el Padre:

– en la eventual trasgresión por parte del hijo, ¿cómo se comporta el Padre hacia ese hijo? Él se mantiene detrás, suspira, gime, espera hasta el extremo (está implícita la parábola del hijo pródigo en la cual justamente Jesús habló del Padre). En este párrafo Jesucristo no aparece porque, en la trasgresión, el hijo no tiene delante de sí a Jesús como modelo de obediencia.

Para relevar la importancia de este texto de doctrina sobre la Paternidad y sobre Jesucristo, téngase presente:

– Para don Guanella el nudo de la vida religiosa es la obediencia: «El voto de obediencia constituye al religioso en hombre perfecto, porque dar el intelecto y el corazón a Dios por medio de los Superiores es dar más y lo mejor» (L. GUANELLA, *R SdC 1905*, Opera Omnia, Vol. IV, p. 1190).

Es importante que justamente al tratar de la obediencia haya nacido esta página sobre el tema fundamental de su espiritualidad.

– No se trata de una similitud, de una imagen con finalidad didáctica sino que Padre-Hijo es la terminología que verdaderamente expresa el fondo de cómo él siente y del modo en el cual quiere expresar el vínculo con el Señor. Y aquí cultiva este concepto por ocho páginas.

– En el Reglamento de 1910 hay una gran conformidad de inspiración con el texto de “*Vamos al Padre*” y con el de “*Vamos al monte de la felicidad*” que son muy anteriores.

¡Treinta años después está la misma doctrina, llevada a madurez de expresión!

# LA FIGURA DE DON GUANELLA

**P. Leonardo Mazzucchi**

*P. Leonardo Mazzucchi publicó en los nn. 98-99-100 del Charitas, en 1949, estos importantes Documentos, que aquí vienen transcritos con algunas adaptaciones para facilitar su lectura.*

## **UN CORAZÓN Y UN ROSTRO \***

**En recuerdo y a imitación**

*P. Attilio Beria comenta así este texto: «¡Qué conmoción en estas cinco páginas! Quizá nunca antes a este nivel. Páginas para el conocimiento del Fundador, de su persona, de sus rasgos exteriores y, a través de estos, de su mundo íntimo: la persona, el rostro, los modos y el hablar».*

El gran Agustín es pintado con un corazón en la mano: ese corazón que logró vencer su inquietud y arrancarlo del error y del vicio para llenarse de amor a Dios, y así poder y deber ofrecer y derramar su exuberancia benéfica sobre los hermanos desviados y corrompidos y dolientes de la familia humana. Pero todos los Santos del Señor, los únicos ricamente provistos y pródigos de verdad y de bondad, tuvieron y tienen el corazón rico y fecundo de caridad divina, a semejanza de Pablo, cuyo corazón era el Corazón mismo de Cristo.

\* Charitas n. 98, pp. 1-5.

¿Qué cosa nos quiso develar don Luis, Padre nuestro, cuando en el círculo restringido de sus pocos discípulos quiso advertirnos un día, con una sonrisa apesadumbrada en los labios, que su corazón no había sido entendido ni fuera de casa ni quizá tampoco dentro?

¿Quién logró comprender el corazón grande de don Guanella, como para dejarse influenciar completamente?

El Señor había dado a don Guanella un corazón grande, educándolo y formándolo desde los primeros años de su juventud:

– lo hizo capaz de contemplar la belleza de la naturaleza de su valle, con sus cándidos picos, con sus torrentes, con sus pasturas... que en el pequeño Luis se convertía en oración de admiración y que, también a continuación, evocaba con afecto hacia el Creador;

– le conservó la inocencia de la gracia bautismal que no desapareció jamás de su alma y de su rostro;

– lo mantuvo alejado, en su niñez, de las ideas poco convenientes de algunos de sus compañeros;

– lo hizo fuerte, durante los años de la formación, en su ideal del sacerdocio, cuando otros compañeros suyos fueron tentados para enrolarse en el ejército de Garibaldi y participar de las luchas por la independencia de Italia,

– le dio una piedad ardiente, alimentada por la Eucaristía, que lo hizo sensible para comprender y socorrer los sufrimientos del prójimo.

Esta piedad hacía su espíritu capaz de acercar, en sus vacaciones de estudiante, a los jóvenes de su pueblo para alejarlos del mal con la diversión útil y con la enseñanza de la doctrina cristiana; listo para asistir en sus casas a los ancianos enfermos.

Y más tarde, ampliando el horizonte de su deseo de bien, soñaba un apostolado más vasto, quizá entre los infieles lejanos.

En la espera, corría a Turín al lado de aquel grande apóstol de la juventud, como le pareció don Bosco.

Aun en cura de almas, ponía en marcha toda forma de trabajo apostólico: de la abundantísima predicación popular a la prensa difundida con notables sacrificios, a la instrucción del pueblo y especialmente de la niñez y de la juventud, no callando jamás por interés o por timidez sino dedicando la obra y la pluma y la voz valerosa a defender, junto al bienestar moral y civil, la fe y la vida cristiana del pueblo, asechado por toda una política contraria a la Iglesia y al Papa.

Y luego cuánta angustia por las incomprensiones, los obstáculos, las

esperas, que le impedían realizar lo que ya de pequeño había percibido como la misión de caridad que le había sido indicada por Dios: en la figura de aquel anciano que inspiraba compasión y que a él, niño, cerca de la Iglesia en Campodolcino, le pedía un pequeño gesto de solidaridad; y en las filas de necesitados que la Virgen Madre de la Providencia le señalaba, en aquel día de fervor eucarístico, tras haber recibido su primera comunión.

Y finalmente, tras la búsqueda sufrida de los caminos de la Providencia, lograba abrir una serie indetenible de Casas por los más pobres, donde enseñaría a sus discípulos, con el ejemplo y la doctrina, a dar alegría y consuelo a quien podía haber perdido la esperanza.

A su profunda confianza en la asistencia divina supo unir las ternuras de su corazón para socorrer a tantos adolescentes que acompañó con amor para reinsertarlos en la sociedad, provistos de voluntad, de virtud y de capacidad para afrontar las dificultades de la vida.

¡Cuántos fueron los ancianos que quiso recoger del mundo y que supo comprender y compadecer (excepto en la obstinación en el mal y en la blasfemia) para entregarlos a Dios bueno y misericordioso, en el ocaso de su vida terrenal!

En la apesadumbrada sonrisa de su lamento, “*¡a mi corazón no lo han entendido!*”, está toda su convicción de haber dado todo su ser por amor a Dios y a los pobres, pero también la amargura por no haber encontrado correspondencia, tampoco de nosotros, sus discípulos, para entender y secundar sus iniciativas y sus premuras.

Y cuando, por la tarde de ese 24 de octubre, antes de reclinar la cabeza en su último respiro, nos reunió a todos, llorosos, en torno a sí y nos miró con afecto paterno, comprendimos cómo en aquella mirada suya estaba todo su corazón. Y nosotros conservamos memoria perenne de ese rostro que tenía reflejos de luz y de eternidad bienaventurada. Él, que “jamás se había apegado a esta tierra”, como escribió un día, entonces gozaba al alcanzar la meta deseada, que aseguraba también para nosotros y aquellos que lo seguirían en el futuro.

El sello austero de la muerte imprimía a su rostro una serena y singular luminosidad que confortaba e infundía confianza en nuestros corazones, conmovidos, más que dolientes, por su muerte.

Era la misma luz que siempre había iluminado su rostro en el encuentro con todos y con cada uno de nosotros.

Si a veces se enfadaba o manifestaba sus lamentos y sus protestas o se defendía, no perdía la serenidad del espíritu. Y si, alguna vez, debía de mala gana hacer alguna concesión no del todo conveniente o bien muestra-



ba un instante de impaciencia exterior para sacudir de la indolencia e incitar a los suyos a un mayor compromiso, se notaba en Él un fondo constante y estimulante de bondad y de afecto.

Dondequiera que llegara, don Luis, reservando para sí mismo los disgustos y las amarguras, se manifestaba siempre con rostro afable, que llevaba una alegría serena a los espíritus.

En la oración, ya fuera que dirigiera la mirada al Tabernáculo o la Hostia Sagrada o lo tuviese recogido bajo los párpados entrecerrados, su rostro se hacía luminoso y encendido.

El mismo ardor y la misma serenidad demostraba en los viajes ferroviarios donde, cuando estaba solo, desgranaba sus numerosos Rosarios o iniciaba con los compañeros de viaje conversaciones amables que resultaban eficaces y saludables para sus almas.

A veces, por la calle, aferraba de su brazo a alguna persona que encontraba para conducirlo, poco a poco, a propósitos de caridad y de piedad, introduciéndolo quizás en una Iglesia vecina.

También alguno de sus modos característicos de comportarse o de llamar a las personas eran acogidos con benevolencia: como por ejemplo, tirar ligeramente los cabellos de un amigo o desarmar un poco la cabellera de un clérigo bien peinado, o bien dirigiéndose a sus hermanas con el término característico de "*martorelle*", porque Él las quería simples (usando el término lombardo "*martur*"), pero también mártires (usando el término greco-latino); o bien a sus Siervos de la Caridad llamándolos "*asinelli*", porque los quería pacientes y laboriosos.

Don Luis no excluía y no negaba a nadie su coloquio familiar, ni siquiera a quien un tiempo había sido su opositor.

El consuelo era siempre el don final de su palabra y de sus mismos "reproches", consoladoras sus doctrinas ascéticas y su dirección espiritual según los modelos - que proponía a los suyos - de S. Francisco de Sales y de S. Alfonso y del Frassinetti. A veces encargaba a un amigo sacerdote o a un religioso consolar a un grupo de hermanas a las que primero creía haber hecho algún reclamo severo o alguna... "reprimenda".

Palabra, la suya, animadora de bien, nutrida de ejemplos edificantes, rica de fe, fácil, clara, con el uso didáctico de interrogaciones y resúmenes en el catecismo y en los discursos familiares. También en privado, su palabra a menudo se hacía placentera y condimentada con expresiones y gestos chistosos.

Caridad singular en cada una de sus conversaciones, dirigida a salvar incluso en los adversarios las buenas intenciones, orientada a hacer amar a

todos, aunque pecadores, cuidadosa de la necesaria reverencia hacia los superiores, especialmente eclesiásticos, incluso cuando debía reservadamente indicarles sus errores o prejuicios con respecto a la Obra; con facilidad para excusar las negligencias de una observancia o de una regularidad de conducta la cual, sin embargo, era importante para él. Alerta para no permitir que sobre algún cohermano se hiciese caer, mediante una duda infundada o indiscreta, un juicio negativo difícil, luego, de olvidar.

Modos simples, los suyos, para toda una costumbre personal de sinceridad tratando de no ostentar jamás virtudes o singularidades. La piedad viva e incandescente de su espíritu, aparte del respeto severo de la liturgia sagrada en las celebraciones eclesiales, no tomaba jamás actitudes exteriores estudiadas, como por ejemplo las manos perfectamente unidas o posiciones especiales del cuerpo; más bien, con la mirada recogida y absorta y con las manos que en forma externa expresaban confianza y confianza filial, manifestaba todo su abandono confiado en Dios.

Él, fiel a los ayunos de la Iglesia y de la regla, escondía las penitencias personales del cilicio y del flagelo, atento a no condescender a las vanidades del mundo.

Prefería el alimento común, suficiente, y rechazaba concesiones excepcionales, incluso luego del ayuno en sus jornadas de viaje, pasadas con un poco de pan y agua.

Se cuidaba de poner en relieve sus cualidades exquisitas de la inteligencia y del alma y las distinciones del estado y de su tarea, recibiendo en cambio incluso amenamente eventuales desprecios o críticas de personas contrarias.

Si en casa y con los suyos se vestía en forma simple y a veces descuidada, le gustaba sin embargo presentarse con propiedad en su persona y en su ropa, aun siendo pobre y escasa. En presencia de los suyos y a veces de los extraños manifestaba su alegría con una risa breve pero sabrosa (rara vez hasta las lágrimas) por un recuerdo ameno o por una narración graciosa; ¡prohibidas, sin embargo, siempre las expresiones indecentes o el uso profano de palabras sagradas!

En los encuentros necesarios con personas de otro sexo, era siempre reservado hasta el punto de no dejarse tocar la mano de quien pedía su bendición.

Era de estatura regular, de complexión robusta, bajo la cabeza, calvo desde la edad juvenil, con una corona de cabellos rizados y pelirrojos (“el colorado de Valtellina” se lo llamó en los comienzos en Pianello), con los ojos gris claro, que no jamás fijaba en las personas salvo cuando – en los

últimos años – en su caminar lento y cansado, era saludado y tenía dificultades – miope como era – para reconocer a quién tenía cerca.

Y caminó siempre desde su juventud a la vejez: a pasos (¡y cuántos!) no rápidos pero continuos, perseverantes, por los senderos de montaña de su juventud o por las calles y las numerosas escaleras de los edificios en sus visitas de beneficencia, a recibir y... a dar, también en los últimos años; por caminos congelados o calcinantes, en los trenes, en el mar, casi siempre con el solo testimonio y protección del Ángel Custodio y de los Santos del Paraíso a quienes, junto con la Virgen Santísima, invocaba con gran fervor. El suyo fue un caminar insistente, en busca de bien para hacer en las humildes viviendas de los pobres o entre las ruinas de un terremoto, o de bien a recibir de amigos altos y humildes: ¡cuántas calle recorridas en el camino de la santidad y en la del Paraíso!

¡Oh, corazón grande de don Luis! ¡Que el nuestro se torne, como el tuyo, lleno de amor a Dios y de caridad hacia todos los hermanos!

¡Oh rostro benigno y sonriente! ¡Míranos benévolo desde el Cielo, hasta que nos reencontremos!

## **¿UNA ESPIRITUALIDAD? \***

### **Para un estudio y una práctica**

#### **Síntesis de la doctrina espiritual elucidada a partir de los escritos, de la vida, de la tradición**

Cada criatura humana, que tenga el don de una inteligencia abierta y de un corazón rico para el cumplimiento de su vocación o misión en la tierra, puede ofrecer a quien la estudia y la sigue un estímulo para la imitación. Esto ha de decirse, con mayor razón, de aquellas personalidades espiritualmente dotadas y completas que son los santos del Señor: ellos han dejado espacio a la actividad fecunda del amor de Dios, que ha hecho madurar en plenitud sus cualidades de naturaleza y de gracia al servicio de Dios y del prójimo. Y así se convirtieron en animadores

\* Charitas n. 99, pp. 1-10.

de grandes obras de bien y guías autorizadas y sabias de numerosos discípulos.

También nuestro dulce Padre, don Luis Guanella, suscitador de instituciones benéficas y padre de muchos discípulos, debe ser recordado y estudiado, para convertirnos en los devotos imitadores de sus virtudes y fieles seguidores de su espíritu, tanto en los ejemplos edificantes de su vida diligente y virtuosa, como en sus luminosas enseñanzas que nos ha dejado en herencia.

Este estudio debe ser para nosotros querido y asiduo: abrevando de los genuinos recuerdos de quienes, ya pocos sobrevivientes, lo oyeron y conversaron con Él, y de sus escritos preciosos: los numerosos opúsculos y artículos dirigidos al público y los Reglamentos y las cartas privadas destinadas sobre todo a los suyos...

El pedido sea para todos una eficaz y persuasiva invitación y estímulo para un verdadero y gran provecho.

En la primera biografía redactada, escrita hace más de treinta años, no obstante el apuro impuesto por la necesidad de dar inicio al proceso canónico para su beatificación, se logró perfilar en forma suficientemente completa y con buena documentación el pensamiento y el espíritu de don Luis, Padre nuestro. Un primer trabajo, que merecería ser mejorado y completado... porque hay abundantes elementos que podrían ilustrar su figura aún mejor.

Evocando cuanto podemos recordar de sus actividades de sus actividades pastorales y releendo sus escritos, podemos tener un cuadro de sus programas y de sus ideas, que aún hoy son de actualidad para nosotros.

- 1) Su ministerio espiritual hecho cada vez más eficiente con todas las iniciativas posibles de predicación y de abundante instrucción religiosa.
- 2) Su atención a las distintas categorías de personas, especialmente los niños y la juventud.
- 3) Las escuelas nocturnas para el pueblo humilde, del cual no sólo defendía valerosamente la fe, sino por el cual estudiaba la solución de los diversos problemas agrícolas y sociales.
- 4) La buena prensa, difundida gratuitamente.
- 5) La catolicidad de su celo, que lo impulsaba a ocuparse de los acontecimientos históricos y actuales de la Iglesia, interesándose vivamente, en todas las formas que le eran posibles, por la suerte del cristianismo en el mundo incluso de los infieles.

- 6) Al organizar sus Casas de caridad, nada le escapaba de lo que consideraba útil para obtener frutos de bien en favor de sus huéspedes, para los cuales quería:
- una cuidada instrucción catequística, impartida con métodos activos de enseñanza, una sólida formación moral y espiritual, reavivada por la frecuencia a los Sacramentos y por la belleza de los ritos y de los cantos sagrados;
  - la preparación de los jóvenes para que en un mañana ejercitaran un trabajo honesto y vivieran una fe practicada con convicción;
  - la fuga del ocio; también a sus ancianos les ofrecía formas de actividad, beneficiosa para hacer menos tediosas sus jornadas;
  - el recurso también a las sugerencias y a las indicaciones de la ciencia para acercar la indispensable práctica a la intención de dar, con la asistencia, el mejor desarrollo a la inteligencia y a la actividad de los mentalmente disminuidos.

Se sabe cuánto urgía a nuestro santo Fundador una inspiración total de amor, animada por la fe, tanto en el ministerio de las almas como en la convivencia familiar y en la educación de la juventud, invitándonos a atesorar ese método preventivo de educación juvenil que había experimentado con don Bosco, de quien él mismo se había hecho afectuosísimo discípulo y cuya escuela nos indicó expresamente seguir.

Nuestro don Luis, si no fue un iniciador, desde su joven edad provisto de impulsos naturales y rico de experiencias personales, sintió y mostró la necesidad, contra distintas funestas costumbres que él deploraba tanto en la educación familiar como en la disciplina de colegio y de seminario, de acercarse con la dulzura de modos y la persuasión del espíritu a los pequeños y a los jóvenes, que quería se animaran siempre y no se envilecieran jamás.

Él nos recordaba a menudo las enseñanzas de San Juan Bosco:

- recorre el camino de la virtud y de la piedad con filial espontaneidad y confianza en el Señor; era su maestro de espíritu San Francisco de Sales;
- vive en la pureza y en el amor de Dios, (era su maestro San Felipe Neri) y mantente sereno y feliz en la fe cristiana y en las virtudes humanas.

Condenaba los rigores excesivos, que consideraba fruto de un carácter no domado por la disciplina del espíritu, recordando que todos, incluso

los más débiles, son hijos del Señor y redimidos por Jesucristo y hermanos nuestros y que, ante Dios, a menudo no son culpables de aquellas faltas que nosotros querríamos castigar severamente: faltas, la mayor parte de las veces, causadas por el abandono y por consiguiente merecedoras de bondad y de paciencia.

Don Luis pertenece a una escuela moderna de pedagogía, de la cual fue y es cabeza don Bosco. Sería entonces interesante hacer un estudio sobre su notable y querida cualidad de educador.

De los elementos teológico-psicológicos que conocemos y que fueron ya a menudo indicados, tenemos el deber de extraer las normas de una pedagogía nuestra, sanamente educadora, para concretarla y hacerla concretar, evitando personales y arbitrarias concesiones y aplicaciones. Es lo que nosotros llamamos **“método preventivo”** basado en su rica espiritualidad.

¿Hay, y se puede entonces estudiar, una espiritualidad de don Luis Guanella?

En estos tiempos, en los cuales se estudiaron varias espiritualidades (para nombrar las más conocidas, la benedictina, la franciscana, la ignaciana, la carmelita, la salesiana, la vicentina y la alfonsiana - muy popular como debe ser la nuestra), hubo algunas personalidades y más de un escritor autorizado que prometió tratar al respecto a partir de los documentos en nuestro poder o nos invitó a nosotros mismos a escribir sobre don Luis Guanella. El proyecto y la invitación, aunque nada fáciles, nos halagó. Espíritu elegido llamado a la cima de la santidad y, habiéndose hecho sabio director de almas en el camino espiritual, él ciertamente en el trabajo de santificación propia y de los demás tuvo un ideal, un compromiso, un camino, un método. ¿Se puede reconocer y trazar a partir de allí los elementos originales o personales de su espiritualidad?

Para elaborar el atractivo tema se requeriría tanto una conveniente cultura ascética, doctrinal e histórica como un estudio diligente de la vida personal y de la diligencia apostólica de Él y de los escritos que nos ha dejado.

Baste aquí alguna mención rápida y no profundizada (cfr. también los nn. 20-27-30-47-49-52-56-65-69-76-77-78-79-80 del Charitas).

Don Luis desde pequeño manifestó un instinto nato de inocencia y de pureza a imitación de los ejemplos familiares de piedad y de caridad.

Tenía un alma llevada a abrirse en la oración solitaria y contemplativa a los atractivos del amor divino para verter luego los ardores caritativos y apostólicos en beneficio ideal de los pobres.

El Señor lo guiaba con premoniciones de un futuro lleno de caridad y de celo:

- la visión del anciano piadoso, en el umbral de la iglesia parroquial de Campodolcino,
- la indicación de una hilera de necesitados que le encomendara la Virgen en Gualdera;
- la sopa preparada con tierra y agua con la hermana Catalina;
- el repetir en casa y fuera de ella lo que había escuchado en la predicación en la iglesia.

Su ideal precoz y constante fue el **Sacerdocio**, al cual se preparó con una vida de piedad convencida. Son prueba de esto sus premuras características entre los condiscípulos o con los pequeños amigos del Colegio y en el Seminario, así como durante las vacaciones. Con el sacrificio: son las pruebas de la nostalgia y de la rígida disciplina de seminario o la del rigor invernal o de los frecuentes y prolongados malestares como las anginas y los dolores permanentes de cabeza; con el compromiso constante en el estudio continuado en las vacaciones de verano, aunque fuera al lado de sus enfermos.

Quizás en sus años juveniles no tenía todavía precisos y claros los lineamientos futuros de su Sacerdocio, pero su caridad ardiente no le permitía restringir su ideal a los confines de una iglesita de pueblo, y entonces se interesaba en otros conocimientos útiles que le servirían para ayudar a su pueblo: de las investigaciones botánicas a la asistencia de enfermería, a la enseñanza catequética y a los problemas agrícolas y sociales.

Luego del éxtasis de su primera Misa, en el largo período de búsqueda en el cual debió afrontar no pocas dificultades para realizar su personal vocación, se dedicó a una multiforme actividad pastoral: predicación frecuente, composición de obritas y opúsculos ascéticos que difundía con generosidad, dirección espiritual, promoción de las vocaciones religiosas, oratorio y escuelas nocturnas...

Los tres años pasados en Turín con don Bosco fueron determinantes para su futuro.

Pero el secreto que sostenía y alimentaba su espíritu en aquella espera fue su vivísimo espíritu de oración y el espíritu ardiente de mortificación y de obediencia.

Los frutos manifiestos de aquella intensidad de vida interior son su perseverancia en el trabajo y la búsqueda constante de la voluntad de Dios, su correr a aliviar las necesidades del prójimo, el freno de su carác-

ter exuberante y vehemente, al que dejaba vía libre solo cuando se trataba de defender el honor de Dios ultrajado por la blasfemia o por el escándalo o por la persecución sectaria contra la Iglesia y el Papa.

Se destacan en él algunas características personales de su espiritualidad:

- Una humildad y simplicidad que huían de cualquier apariencia exterior, que sabía esconder penitencias y ayunos y que lo hacía afable y atento a las personas con las que se encontraba o con las cuales conversaba.
- Una piedad sin ostentación.

Sabemos cuánto don Luis conversaba amablemente con los Santos del Paraíso y hablaba a menudo de ellos en forma atractiva. Son ricos en alusiones sus discursos y sus obritas, presentando la historia de la Iglesia en forma popular en “*De Adán a Pío IX*” o en “*Las glorias del Pontificado*”, con los acontecimientos de lucha y de triunfo de la Iglesia. Simple y agradable la presentación de algunas figuras de santos que particularmente amaba, como San Francisco de Asís, o venerados en su tierra, como San Abundio, San Agripino, San Roque, el Beato Andrea de Peschiera, San Carlos Borromeo y San Jerónimo Emiliani.

Procuraba, al hablar o escribir, hacerlos queridos o por sus públicos méritos o por la amabilidad personal, hasta nombrarlos sin el título canónico de la santidad, no para disminuir la grandeza de la virtud o negar el prestigio de su reconocimiento litúrgico, sino para hacerlos sentir a nuestro lado como amigos benévolos y familiares nuestros. Los proponía para nuestra imitación como ejemplos, fáciles y a la mano, de virtudes cristianas que él declaraba eran frecuentes en las poblaciones religiosas; “flores de virtud cristiana” como: la hermana Catalina, Sor Anna Succetti de Savogno, el paciente anciano Raimondo Masanti de Pianello y el inocente jovencito Alejandrito Mazzucchi, además de varias de sus religiosas, como Sor Clara Bosatta, Sor Erminia Bosatta, Sor Magdalena Granzella y otras.

En la obrita “*El Montañés*” se dirigía con expresiones singulares de fe y de ternura a sus pueblos para animarlos a recordar a los padres de su fe y de su bienestar temporal y a conservar la religiosidad: «¡Salve! Tú eres hijo de los santos: alégrate. Mira al rostro a las figuras venerables de tus padres, los apóstoles que te han regenerado a la vida de gracia, y disfruta como niño sobre las rodillas del padre bueno. Buen montañés, te abrazo de corazón. Siento por ti tal afecto que es, en comparación con



cualquier otro, totalmente especial y superior. De los montes en los que vives contemplas más de cerca el Paraíso bienaventurado. La profundidad de tus valles es sagrada; porque en el retiro de la soledad se aprende a amar mejor al Señor, a querer más al prójimo...» (L. GUANELLA, *El Montañés*, Opera Omnia, Vol. III, pp. 987-988).

Sabía acercarse con delicada caridad a cada alma incluso lejana para atraerla a vivir filialmente en la gracia del Señor y a reconciliarse con Dios.

Y dirigía luego con dulzura y energía a muchas almas llamadas a la perfección del amor de Dios, no temiendo proponer la sabiduría espiritual de Santa Teresa de Ávila o los impulsos seráficos de San Francisco de Asís, estimulando a subir hasta lo alto para luego consumirse en las obras de la caridad y conduciéndolas a niveles altísimos de virtud que, luego de la muerte, indicaba como ejemplo a imitar.

Todo este ardor de bien al llevar a las almas al servicio y al amor de Dios, que animaba toda su actividad espiritual y que transmitía con su palabra y en sus escritos, él lo vertió luego en beneficio de las Congregaciones religiosas por él instituidas y puestas en marcha.

Evidentemente él consideraba a las Congregaciones religiosas oasis de caridad, «huertos en los cuales más fácilmente se cultivan y crecen las plantas de la santidad cristiana» (L. GUANELLA, *R int. HsC 1899*, Opera Omnia, Vol. IV, p. 976), lugares de oración y de fraternidad, en los cuales las persona podían, lejos del mundo, dedicarse a hacer tanto bien en el mundo, imitando más de cerca al Señor Jesús.

Una más amplia y profunda huella dejó en las Hermanas, ya sea porque estaban más naturalmente inclinadas a la piedad y a la caridad, ya sea porque por mucho mayor tiempo pudo ocuparse de esta primera institución suya. Con el conocido resultado de muchas Religiosas, ya desaparecidas, de las que permanece vivo el recuerdo de su sólida, humilde, diligente y ardiente caridad. Y cuántas compiten por ofrecer generosas sus vidas por el Señor y por los pobres. A ellas dirigía sus inimitables conferencias y algunas obritas importantes, como “El Fundamento”, además de verter su pensamiento y su espiritualidad en los diversos Reglamentos.

También para los Siervos de la Caridad, que primero había querido llamar Hijos del Sagrado Corazón para que abrevaran de las fuentes inagotables de la caridad del Corazón Divino, no se cansó de transmitir su espíritu y de indicar metas de gran espiritualidad, como al aún joven Alejandro Mazzucchi y al benemérito Hno. Pietro Osmetti. Particularmente en el último Reglamento que nos regaló en 1910 y para nosotros tan caro

y precioso, él ha querido algo así como resumir todo su ideal de Siervo de la Caridad. Aun sin esconder la cumbre soñada y ansiada e insistiendo sin debilidades en la sustancia irrenunciable de una interioridad y de una observancia ejemplar hecha de esfuerzo y de sacrificio, él tenía en cuenta también la menor o mayor capacidad e iluminación de uno u otro de sus llamados.

Este Reglamento, en su redacción simple y llana, unida a la consideración del nivel del grado en el cual cada cohermano se encontraba en su camino espiritual, traza y anima hacia un camino de alta espiritualidad. En él se insiste no sólo sobre la necesaria prioridad de la vida interior frente a la actividad exterior, sino también sobre la atención y compromiso a progresar cada día en la observancia de los votos, propuestos en forma práctica como un camino por etapas sucesivas: la pobreza unida a una gran confianza en la Providencia, la excelencia singular de la castidad, a conservar inmaculada desde el Bautismo, como la suya, o a reconquistar firmemente luego de las caídas del pasado, el valor máximo de la obediencia en su positiva motivación de amor filial hacia Dios y espontánea generosidad del corazón, la importancia indispensable de las diversas prácticas de mortificación.

Al referirse luego a la atmósfera de piedad en la cual el alma religiosa debe respirar para vivir lozanamente y para encontrar los recursos necesarios para sus progresos interiores y para el apostolado externo ¡con qué bellísimas y clarísimas expresiones presentaba la oración confiada del corazón y la meditación santa – más afectiva que especulativa – y la devoción de la Eucaristía!

En su bellísima obrita “*Vamos al Padre*” - comentario sencillito al “Padre Nuestro” – que él había escrito para todas las almas fieles en Traona y en el otro también bello comentario a las Bienaventuranzas evangélica “*Vamos al monte de la felicidad*”, nuestro dulce Padre comenzaba con esta tierna similitud, repetida a menudo al hablarnos y escribir para nosotros: «Tú vienes para encontrar al Padre Celestial. ¡Ven, Ven! ¡Oh, qué bellos son tus pasos! ¡Y tu Padre, cuánto se alegrará cuando te encuentres con él! Apresúrate, y mientras tanto grita como el pichón de la golondrina para hacerte entender mejor; gime como una paloma piadosa, para que el Padre corra a tu encuentro. – El hijo de la golondrina grita y el de la paloma gime más porque saben que para llamar a la madre el único medio son los lamentos y el llanto. – Así hace el mismo niño. Tú mismo recuerdas cuando, de niño, llamabas: ¡Padre, padre! y cuando suspirando gritabas ¡Pan, pan! – El padre solícito se apresuraba a llegar contigo, te colmaba

de caricias y te llenaba las manitas de dones. Reflexiona entonces tú así: Si el padre de la pequeña golondrina y de la paloma y más aún el padre del hijo niño se deshacen de afecto, ¿cuánto más solícitamente vendrá hasta ti el Padre Celestial? Prueba a gritar como hace el pichón de la golondrina, a gemir, es decir a meditar como la paloma, y verás...» (L. GUANELLA, *Vamos al Padre*, Opera Omnia, Vol. III, p. 108).

La meditación es compromiso, deber y gracia de cada día para vivir bien y para estar unidos al Señor. Advertía don Luis: «Quien por pereza descuida la santa meditación debe temer acerca de la propia vocación y de la ayuda de la divina gracia», tras haber declarado que es necesario «elegir un argumento de verdad santa y luego rezar al Señor para poderlo comprender bien». Y agregaba: «Es necesario sumergirse en la verdad en la que se quiere penetrar, y nadar en ella como el pez en el agua, y reflejarse dentro como en un espejo y, con la ayuda divina, permanecer iluminados, abrigados, reconfortados, como el mendigo al calor de un bello sol primaveral...» (L. GUANELLA, *R int. HsC 1899*, Opera Omnia, Vol. IV, pp. 1008-1009).

El día comienza en torno a la aurora, en el Altar de la Santa Misa para una “celebración santa” y con la Santa Comunión, de modo de ser «como abeja industriosa que se envuelve en la corola de la flor para absorber el sabrosísimo néctar y convertirlo en el propio estómago en miel exquisita de piedad y de devoción». Y el día termina en el altar del Santo Tabernáculo cada noche, porque, «como los hijos cristianos se hacen bendecir de los piadosos padres antes de abandonarse al sueño, así el Padre Celestial nos bendice en espera de la bendición que Jesucristo dará a sus elegidos en el último día» (L. GUANELLA, *R. SdC 1910*, Opera Omnia, Vol. IV, p. 1296).

También nuestra espiritualidad, como la practicó y nos la quiso indicar don Luis Fundador y Padre nuestro, requiere:

- 1) estar totalmente inspirada de un sentido vivo de filial abandono y confianza inquebrantable en el Padre Celestial, amablemente sonriente de la bella naturaleza que nos circunda, exuberante de bondad misericordiosa en los dones innumerables de su gracia, que brotan del Corazón de Cristo, patrono y modelo nuestro y por mediación de la dulce amabilidad de nuestra Madre del Cielo;
- 2) adherir con dócil obediencia a todas las verdades y las gracias de la Fe, custodiadas y regaladas a nosotros por la santa madre Iglesia y al augusto Pontífice de Roma, infalible Maestro e indefectible Pastor;

- 3) asegurarse el alimento indispensable de la Eucaristía cotidiana;
- 4) considerar la bondad irresistible de Dios como la fuente de nuestra piedad confiada y de nuestra capacidad de aliviar a los fatigados y socorrer a los necesitados;
- 5) mantener alejado de cualquier ejercicio nuestro de piedad más fervorosa y devota y de cualquier actitud nuestra con el prójimo toda singularidad o exterioridad, que no sea la del deber y de la ejemplaridad regular;
- 6) en el ejercicio de nuestra actividad educativa, asistencial y ministerial, hacer que nuestra caridad una siempre entre sí a los corazones y los sepa elevar a Dios. Este es el supremo mandato que nos dejó nuestro Señor, para que todos seamos hijos de Dios y hermanos de Jesús, nuestro Salvador. Con nuestro amor a los dependientes, a los sufrientes y a los necesitados de ayuda material o espiritual, a nuestros hermanos en el Sacerdocio, de cuya ayuda, declaraba don Guanella, le habían llegado ciertas bendiciones, tenemos la posibilidad de corresponder en parte al inmenso crédito de amor de Jesús para con nosotros.

Programa de toda vida cristiana, de cada vida religiosa, de cada vida nuestra, a ejemplo e indicación del Fundador, sea el “orar y padecer”.

**Un padecer** que nos haga cada vez más semejantes a Jesús bendito y haga que todos los sufrimientos inevitables y obligatorios de nuestra condición humana: la vida comunitaria, la necesaria vigilancia y custodia del corazón y de los sentidos, el cumplimiento de cada deber de nuestra misión y la realización de nuestras posibilidades de bien, la observancia de las leyes divinas y eclesiales de abstinencia y de templanza y de aquellas propias de nuestra vida religiosa, se conviertan en el medio de nuestro progreso espiritual y el tesoro de nuestros méritos y el capital de nuestra gloria.

**Un orar** que asegure luces a la mente y ardor a la voluntad en la tarea de caminar paso a paso por los caminos de Dios y nos haga familiar desde esta vida la conversación con el Padre celestial.

¡Oh dulce y querido Padre, don Luis Guanella, que nos has ofrecido y entregado a todos al Corazón divino y nos has consagrado también como hijos de gracia y de amor al Corazón Inmaculado de María, donándonosla como Madre de la Providencia y Reina de la Paz, ayúdanos siempre

a llenar nuestro corazón de amor divino y a enriquecerlo de pobreza y de pureza, de obediencia santa, para que se alegren los hermanos, se edifiquen las almas y todos nos alegremos y nos salvemos en el Reino de Jesús bendito!

## EL PENSAMIENTO \*

**Este número se completa con la cronología revisada y mejorada, publicada en el Charitas n. 103**

Escribe P. Mazzucchi:

Debo reconocer que recibí una particular gracia del Señor por haberme hecho vivir, desde el alba de mi pobre existencia, más o menos al lado de don Luis Guanella, en un conjunto inolvidable de relaciones personales y con mi familia. Pude gozar así de su paternal amistad, de su guía, de sus consejos y de su confianza para conmigo, confiándome incluso tareas importantes. Pude asistir a su última enfermedad, a su sufrida agonía y al tránsito bienaventurado del querido don Luis, Padre nuestro.

Habiéndome confiado la redacción del Boletín "*La Divina Providencia*" pude así de inmediato relatar casi cada hora de aquellos días y poner en marcha los trámites para el reconocimiento de la heroicidad de sus virtudes.

Como se sabe, no se perdió tiempo en iniciar y continuar los procesos del santo Fundador. Pero sólo en 1942 se logró concluir los procesos apostólicos, a causa de algunas dificultades en los interrogatorios, debidos a una explicable impericia de los miembros del Tribunal. Si no hubiera luego seguido el retraso de otros acontecimientos molestos, independientes de las virtudes luminosas del Siervo de Dios, se hubiera podido esperar el reconocimiento de la Venerabilidad en el año centenario del nacimiento y quizá la misma Beatificación en el Año Santo.

Ahora no nos queda más que esperar una reactivación de la Sagrada Congregación de los Ritos para llegar a la Venerabilidad y, obtenido esto, el reconocimiento de los milagros y la proclamación de Beato en pocos años.

\* Charitas n. 100, pp. 4-6.

Mientras tanto ninguno deje de hacer familiar su figura y su pensamiento y, sobre todo, de seguir su espíritu.

El nos ha dejado en herencia los sentimientos de su espíritu y los testimonios de su fe en las *numerosas obritas* que, no obstante su carácter hagiográfico, catequístico, homilético, histórico y ascético, nos revelan su pensamiento espiritual y moral y que últimamente hemos querido publicar en edición popular que a su tiempo podría ser perfeccionada. Son lecturas simples y eficaces pero ciertas páginas resultan altamente instructivas y profundamente sabias y, en su facilidad de pensamiento y de expresión, nos dan la posibilidad de admirar la mente y el corazón de un santo. Él mismo nos recomendó de viva voz y por escrito hacer lectura espiritual, especialmente de “*El Fundamento*”, que me había entregado para realizar una nueva edición para uso y beneficio de los Siervos de la Caridad.

En sus últimos años nos dictó sus memorias personales, que hemos recogido en dos fascículos manuscritos, revisados por Él mismo, con la intención exclusiva de exaltar “*Los caminos de la Providencia*” para nuestra Institución y para seguir fielmente sus pasos.

También en el Boletín “*La Divina Providencia*”, del cual en los primeros años se ocupó personalmente y luego confió, por una década a la exima colaboradora Magdalena Albini Crosta, podemos conocer su ansia de bien en hacer conocer y difundir la caridad de sus obras. A continuación, cuando la redacción fue confiada a Mons. Bacciarini, por dos años y luego personalmente a mí, se trató siempre de recopilar los recuerdos de las personas que estuvieron cerca de él en sus viajes en Italia y a América del Norte.

Tenemos luego una buena recopilación de sus *Cartas* que, a su tiempo, se podrían útilmente publicar con notas oportunas sobre las personas y los lugares en ellas citados.

Y por último, los diversos y preciosos *Reglamentos*.

Que nada se pierda, para nuestra mente y nuestro corazón, del tesoro de pensamiento, de orientaciones, de recomendaciones y de ejemplos del santo y dulce Padre y Maestro.

La gran figura de don Luis puede ofrecer mucho material para ulteriores estudios de sus virtudes y de su espíritu, y auguramos que con la expansión de su obra y con la difusión de su pensamiento, se pueda siempre amarlo e imitarlo más.

Ante su sepulcro, crezca en nosotros el ansia por su glorificación, a obtenerse con nuestra santidad de vida y con el compromiso de desarrollar nuestras instituciones educativas.

Haya de nuestra parte un propósito renovado, un compromiso solemne:

- de conocer e imitar sus virtudes, personalmente y en nuestras Comunidades;
- de observar con ferviente diligencia y exactitud todas las Santas Reglas, ya sea las que conciernen a la piedad y la caridad, la ejemplaridad resplandeciente y la pureza de la vida y la pobreza personal y común, ya sea aquellas más prácticas para la buena marcha de nuestras Casas: las disposiciones de los consejos de casa, el envío de las actas, de los pedidos y de los informes, de los certificados varios, de los controles financieros locales y generales, que favorezcan la ordenada organización del Instituto, en espíritu de edificante obediencia.

El Señor bendecirá desde lo Alto, haciendo felices nuestros corazones, enviándonos buenas y santas vocaciones de clérigos y de hermanos legos, y nos hará gozar del aprecio de las Autoridades, de los cooperadores y de los fieles, con nuestra vida humilde, laboriosa y fecunda de Siervos de la Caridad, hijos dignos de don Guanella.

¡Obtendremos estos favores si, en el ejemplo del Padre, tenemos como fuente y alma el culto profundo de la Eucaristía que dispensaremos abundantemente como el pan material, celebramos con devoción y adoramos con fervor en el santo Tabernáculo!

# SÍNTESIS SOBRE LA ESPIRITUALIDAD DE DON GUANELLA

**P. Leonardo Mazzucchi**

*P. Leonardo Mazzucchi, en algunos números del Charitas (n. 19, pp. 13-14; n. 36, pp. 7-9; n. 86, pp. 28-30) transcribe una serie de elementos característicos de la espiritualidad de don Guanella que forman parte del patrimonio espiritual de la Congregación.*

*Además de listarlos, él se dirige a los cohermanos, con lenguaje cálido y directo, para que los vivamos con la misma pasión del Fundador.*

*Se quiso aquí recopilarlos en un único texto, tomando de los textos originales en forma libre e incluso adaptándolos, para evitar repeticiones.*

*Se quiso también conservar el carácter exhortativo con el cual P. Leonardo se dirige a los cohermanos, incluso donde él no lo usó, para uniformar mejor el texto.*

«El fin general de la Congregación y el especial, los alcanzaremos tanto más fácilmente, cuando más cuidadosamente tratemos de mantenernos presentes en el espíritu y de trasfundir en la práctica de cada día y de transmitir, primero con el ejemplo que con la enseñanza, aquellas orientaciones, que en herencia de espíritu don Luis, Padre nuestro, nos ha dejado en el recuerdo inolvidable de las recomendaciones insistentes y de su vida luminosa».

«Se sabe: cualquier Instituto que olvide su finalidad y abandone su espíritu, decae».

«Ya que lo conoces y lo repites a menudo cuando hablas y escribes exaltando al santo Fundador, trata de mantener siempre vivo en la mente y en el corazón ese “orar y padecer” que él enteramente vivió y dejó al morir a los suyos en recuerdo inolvidable, para lograr hacer de él una práctica cotidiana, y deseas y procuras seguir los pasos benditos hasta la meta santa como religioso ejemplar y digno Siervo de la Caridad».



## **I. Camina en la presencia de Dios, mirándolo con amor de hijo**

1. Ten premura de estar y caminar en presencia de Dios, mirándolo con amor de hijo, pensando y comprometiéndote a hacer cada cosa y a dar cada uno de tus pasos bajo su mirada benévola. Escucha y conserva en el corazón las palabras de consejo y de admonición, llamándolo a menudo con la invocación ardiente. Si miras, escuchas y conversas así con tu Señor, te será fácil y fructuoso rezar: ¡Padre! ¡Padre!

Como el pez nada en sus aguas, como el ave vuela libre en el aire, siente y goza y benefíciate al vivir íntimamente unido con tu señor que vive contigo, en ti y para ti.

Si miras y suplicas a Dios de este modo, providente y bueno como el único de los padres, te mantendrás tranquilo y confiado en cada acontecimiento de tu vida y de tu jornada, porque estarás seguro de que Él puede y quiere disponer todo en favor del hijo que se mantiene dilecto.

## **II. Con gran confianza en la Providencia**

1. Ten siempre una confianza inquebrantable y serena en la asistencia del Señor; confianza no separada del deber de valerte, mas sin una publicidad exagerada, de todos los recursos personales y de cooperación por parte de los benefactores. ¡Don Luis decía se hace un gran bien también a los ricos cuando se les pide que vengan en ayuda de los pobres!

Se colabora con la Providencia también cuidando la buena administración de la casa, con espíritu de religiosa pobreza. La confianza luego ha de unirse con el trabajo asiduo y con los sacrificios requeridos por el ejercicio de la caridad, si es verdad – así nos dice nuestro Fundador – que para hacer el bien es necesario subir al Calvario.

Don Luis nos dejó un tesoro de normas económico-morales, esparcidas aquí y allá, que sería bueno recopilar juntas en una obrita. La Providencia se merece:

- rezándole con nuestra Coronita, que debemos custodiar como práctica característica nuestra;
- administrando bien el patrimonio de los pobres;
- poniendo manos a la obra sin temores en una obra necesaria de caridad, apenas se cuente con un mínimo de medios;
- prefiriendo en las aceptaciones a los más abandonados;

- manteniendo un número de nuestros pobres alimentados con los fondos de la Providencia del Padre Celestial, incluso en aquellas Casas donde eventualmente se albergaran por una caridad espiritual categorías de personas que retribuyen suficientemente;
- no constituyendo rentas fijas;
- no desanimándonos en las graves dificultades, tanto morales como financieras, dispuestos a afrontar un verdadero martirio de pobreza y de caridad;
- manteniendo alejada, además de la desconfianza en las ayudas divinas, la culpa manifiesta que aleja al Señor de la Casa.

2. Acostumbrados a contemplar la belleza y la providencia de Dios en las maravillas que observas en lo creado o en los descubrimientos de la ciencia, así te elevarás a Dios, leyendo su nombre escrito con letras incandescentes en el libro de la naturaleza.

Entona en tu vida el cántico de la Providencia, de la cual no debes desconfiar jamás y a la cual debes amar como madre dilecta. Al vivir nosotros en mucha pobreza para dar todo a los demás, no faltará jamás el pan dulce que proviene de las manos del Señor Providente.

### **III. Alimentando con la oración ferviente tu piedad: “Orar”**

Favorece tu unión con Dios y alimenta tu piedad con:

- La meditación;
- La lectura espiritual;
- La confesión semanal;
- Los ejercicios espirituales anuales;
- El oficio divino cotidiano.

Dirige a tu Señor – el Padre bueno y Celestial – el primer saludo del nuevo día y el de la noche con las queridas oraciones matutinas y de la tarde...; sé devoto como hijo tiernísimo de la Madre Piadosa y santa, nuestra querida Virgen de la Providencia; con San José encomienda tu alma y la de los moribundos...

Será tu alegría saberte embriagar por la belleza y la suavidad del Corazón de Dios, para que estés deseoso y decidido a custodiar la pureza de la mente, del corazón, de la mirada, de todo tu cuerpo.

Detente a considerar la santidad y la generosidad de Dios y adquirirás de a poco esa humildad de mente y de corazón de la que tienes el invitador modelo en el Corazón divino... verás la necesidad y el deber de reconocer fácilmente tus errores y defectos; te cuidarás de despreciar y mostrar poco aprecio y de no excusar a tu prójimo; más fácilmente estarás dispuesto a hacer la voluntad del Señor y a vivir en el infalible camino maestro de la obediencia.

La Santa Eucaristía sea para ti centro de todo culto y alma de piedad y fuente de caridad, y haz que lo sea para las almas: el sol de la tierra, la vida del mundo, el verdadero Paraíso en la tierra para quienes firmemente creen.

Tu piedad tenga un carácter profundamente eucarístico en el ejemplo del Fundador, que buscaba ávidamente asistir a todas las Santas Misas que podía. Él quería que el celebrante se preparara a la celebración de la Santa Misa con una cuidada preparación y con la gratitud, hecha bajo los ojos de los fieles, y que se recitara el Oficio divino frente al S. Tabernáculo. Son a privilegiar frecuentes y rápidas Visitas al Santísimo: “nuestro Paraíso en la tierra” y “Patrón de casa”.

El Pan eucarístico sea ampliamente distribuido a los pequeños, a los enfermos y a todos.

Al término de cada día el Señor con la Bendición Eucarística nocturna, como el piadoso padre bendice y augura a sus hijos antes de que se abandonen al sueño, te bendecirá mientras le pides perdón y le presentas y confías en ofrenda y en custodia tus obras y tus sufrimientos; y llegada la noche de la jornada terrena, la Iglesia madre con sus tiernas oraciones y la gracia de los Sacramentos se acercará a aceptar y bendecir la inmolación suprema de tu existencia terrena y confiarte a María bendita, que te conducirá, como Madre querida y amable, a recibir la bendición y el premio del Padre bueno que está en los Cielos.

#### **IV. Reforzando tu vida espiritual con el sacrificio: “Padecer”**

Ya que sabes que todo ejercicio de oración y de unión con Dios es un sacrificio de alabanza y requiere el sacrificio de tu voluntad y de tus sentidos, haz de cada oración tuya una ofrenda de mente y de voluntad al Señor y haz de cada uno de tus sufrimientos una oración agradable a Dios; recordando con el santo Fundador que la oración es omnipotente si va

unida a la mortificación, que es necesario oración y sacrificio para hacer madurar las obras de bien, que el fundamento de nuestras Casas está indicado por cuatro “f”: hambre, humo, frío, incomodidades.

Ya que el sufrir es inevitable en la vida aquí en la tierra, haz de estar contento de poder, según las máximas evangélicas quizá hasta aquí olvidadas, de obtener de ello una gran ayuda para el espíritu, recordando, con el Santo Fundador, que el bien no se puede hacer si no es subiendo el camino fatigoso del Calvario.

Sobre el altar del Sacrificio, que tú cada día inmolas con el Sacerdote eterno, consagra otra Hostia en ti mismo, poniendo allí de buen grado todos tus sufrimientos físicos, tus mortificaciones voluntarias, las enfermedades, los achaques de una edad que declina, las tristezas del espíritu, los lutos domésticos, las desilusiones...

## **V. Con corazón ardiente de caridad hacia el prójimo**

Arda tu corazón, inflamado por un incendio de caridad y por el deseo de hacer el bien; ten sed de celo de la gloria de Dios; esparce en el mundo el buen ejemplo de cada mirada tuya, de cada palabra, de tu porte de ministro de caridad y de piedad.

Transformarás así en oración tu asistencia y tu ministerio de caridad hacia los pobres, los niños y la hilera piadosa de ancianos y enfermos de la mente y de los miembros.

Ten amplitud de corazón en la acogida hospitalaria hacia las miserias más abandonadas y los desechos sociales: ¡Cuidado con traspasar los límites de nuestro carácter! Asegúrate cuidadosamente el justo aporte financiero de quien puede y debe dar, porque es justo que, en tutela de aquella beneficencia que los buenos nos dan y para ir en ayuda de quien es asilado gratuitamente, quien tiene dé de lo suyo.

Nos sea de ejemplo nuestro dulce Padre que ya de joven manifestaba su deseo de bien hacia los niños y los enfermos, haciendo prever en sí el sacerdote infatigable e inquieto, diligentísimo y emprendedor salvador de ánimas, enemigo de la quietud, ansioso de nuevas formas y amplitud de apostolado: predicación, asociaciones, prensa; suscitador de múltiples iniciativas, tan dominado por deseo de hacer el bien a las almas que cada paso suyo, se puede decir, y cada palabra suya eran como una semilla de bien que daba su fruto incluso en personas alejadas de la Iglesia.

## VI. Con celo de apóstol ferviente e incansable

Si en cada uno de tus hermanos ves un hijo de Dios que Dios mismo tiene el corazón y que Jesucristo readquirió con su sangre y te es dado como compañero aquí en la tierra en el camino hacia la patria, para él de-searás la salvación del alma y el verdadero bien de la tierra, y tú te harás su excelente limosnero espiritual y corporal; estudiarás cómo usar la con-descendencia, la compasión, la dulzura, la caridad de advertencias salu-dables.

Instila e infunde y cultiva la piedad en las almas que se te confían, especialmente en nuestra juventud.

Declara una guerra asidua a la ofensa de Dios y en los pecadores re-para las culpas y ve siempre en ellos el rostro maltratado y desfigurado del Redentor divino, para curar sus llagas con delicada y amorosa caridad.

## VII. Con espíritu de amplia mirada, unido a actitudes de bene-volencia y misericordia (sistema educativo) y a laboriosidad incansable

Muéstrate siempre dispuesto a la *misericordia* hacia el prójimo:

- tanto en la dirección espiritual dentro de los límites de lo que la Iglesia declara lícito y a las almas resulta saludable, con la predi-cación frecuente y popular, con la facilidad y frecuencia de la Eu-caristía;
- tanto en el gobierno disciplinar, salvando la más vigilante severi-dad preventiva y represiva contra el escándalo del lenguaje blasfe-mo y corruptor y contra la deshonestidad contagiosa en el vestir.

Tu prójimo se sienta acogido por tu amorosa y decorosa *condescen-dencia*, que es actitud querida de humildad personal, expresión de amor hacia los humildes, sugerencia tan apta a ganarte la confianza de los espí-ritus para aliviarlos y hacerlos amar la virtud y acercarlos a Dios.

En la disciplina se use siempre el sabio y eficaz *sistema preventivo*:

- que requiere una paciente y continua vigilancia de nuestros hués-pedes y el dominio del propio carácter, mantenido superior y cau-teloso de asperezas egoístas y de peligrosas parcialidades y sensi-bilidades;

- que se alimenta de caridad sobrenatural y de piedad viva, instrucción religiosa abundante y clara, Santa Comunión frecuente;
- que asegura a tu trabajo inesperados éxitos. “La penitencia del acostarnos cansados como si hubiéramos sido apaleados”.

Ten un espíritu y un ardor de incansable *laboriosidad*, que el Fundador recomendaba insistentemente:

- en todas tus ocupaciones materiales y de asistencia, todas espiritualizadas por la caridad;
- con una asiduidad severa en el *estudio*, en el ejemplo de don Luis que, desde la juventud, dio a su vasta cultura una orientación particularmente eclesial y ascética y de valor práctico;
- con el cuidado voluntarioso de forma el espíritu, con libros oportunos, en los inicios de la vida religiosa.

Imita esa *simplicidad* característica de don Luis, que él acompañaba con la práctica de todas sus virtudes admirables. Como él, evita toda ostentación, escapando de cualquier afectación poco natural de modos. Era tan reservado que a veces quien se acercaba a él de modo esporádico se hacía la idea de un sacerdote de una bondad, cultura y experiencia muy ordinarias.

Ama el silencio y favorece la soledad del corazón, pasando entre los hombres haciendo el bien con la edificación, con la sobriedad y modestia, con las obras de caridad, pero siempre con el corazón dirigido a Dios. Hazte guiar por el espíritu del Señor para obedecer con prontitud las inspiraciones celestiales, para madurar en el espíritu las grandes y útiles empresas y fortificarte, como la encina, en tus buenos propósitos manteniendo cerrada la puertita del corazón para mantener el calor necesario para cocer el pan cotidiano.

*«Querido y dulce Padre de nuestras almas, acoge y ayuda a nuestro cotidiano propósito de hacer nuestro este espíritu tuyo: ¡de tal modo que en nosotros tú llegues a reconocer con alegría tus facciones y a bendecirnos en vida y reunirnos contigo en la eternidad bienaventurada!».*



# LA FINALIDAD DE LA CONGREGACIÓN DE LOS SdC

**P. Piero Pellegrini y P. Attilio Beria**

P. PIERO PELLEGRINI

La vida de don Guanella presenta una dinámica intensa de obras y una multitud de intereses y de deseos.

Parte de una rica variedad de orientaciones:

- niños - enfermos - misión (como clérigo);
- juventud - escuelas - buenos hijos - vocaciones - prensa y apostolado;
- una oferta impulsiva en ayuda de los enfermos de cólera.

Pasa por las etapas de:

- Como;
- Milán;
- Roma, cuando la obra se institucionaliza, como se dice ahora.

Toca las puntas más elevadas con:

- la propuesta de un IV voto para la asistencia a los enfermos contagiosos (1897);
- las intervenciones deseadas o concretadas por el terremoto de Reggio y Messina, y el de la Marsica (15 de agosto de 1915);
- el interés por los emigrantes (valles suizos - América);
- la Santa Cruzada por los moribundos.

Este extenderse por todos los mundos de la necesidad le merece el título un poco bizarro de “Garibaldi de la caridad”, aventurero de la miseria, por amor.

\* N. 5, Diciembre de 1974, de *Informaciones*.



Para hablar adecuadamente de don Guanella necesitaría renunciar a reducir en un esquema su vida, tan intensa interior y exteriormente, con el peligro de limitarla y empobrecerla de los horizontes casi infinitos de su caridad.

Sería necesario comprender ante todo en don Guanella el espíritu interior, que jamás aceptó frenos o límites y esperó y preparó con tenacidad su hora; luego, examinar los distintos pedidos que se le ofrecieron para concretar y limitar ese ideal sin confines, sin no obstante aquietarlo nunca: «No podemos detenernos mientras haya miserias que socorrer...».

Y sería necesario luego intentar escribir el resultado en pocas líneas para insertar en ese programa de nuestra vida que es la Regla: concreto, pero estimulante, apto para las fuerzas débiles de los más, y excitante para aquellos espíritus más generosos que Dios quisiera mandar a la Congregación en la línea del Fundador.

No es sólo cuestión de términos o de reglas formales. Se trata de la vida del Fundador, a evaluar con respeto y precisión, a la cual agregar las experiencias de vida de sus primeros cohermanos para entusiasmar a todos a propósitos y proyectos valerosos.

Un trabajo así exigiría el estudio crítico de expertos.

En la espera, recorramos, en los textos que hemos tenido entre manos, los datos de realidad interior y exterior que pueden orientarnos hacia una solución provisoria, suficientemente documentada.

Estos datos pueden ser recogidos a lo largo de tres recorridos:

- *la vida de don Guanella*, observando su “curriculum”, sus realizaciones: una sucesión, no árida, de datos conectados a deseos y fantasías, a fundaciones a veces confusas e instintivas, a controversias, y prestando atención al espíritu interior que brota de sus escritos o de decisiones imprevistas e instintivas;
- la autorreflexión: los textos, *los documentos*, especialmente aquellos Reglamentos que se multiplican en un cierto período y parecen detenerse a mitad entre el hecho cumplido y el deseo no realizado;
- las impresiones, *los juicios* de quien ha estado cerca de él y lo ha juzgado.

Quizá es fatal también para los Fundadores aceptar lentamente las exigencias y las propuestas del tiempo, limitándose a opciones precisas y restringidas de metas; para los sucesores sobreviene el riesgo de fosilizar-

se sobre las primeras formas transmitidas e identificarlas con el espíritu de la Obra.

En don Guanella la adaptación nunca fue abandono pasivo sobre elecciones hechas una vez, sino cotejo crítico entre la demanda de ayuda que se le proponía y su oferta siempre disponible de servicio para los casos imprevistos y más graves, con esa frescura y entusiasmo juveniles que nos asombra encontrar todavía en él ya septuagenario, por los caminos de la Marsica o de América.

## I. La vida de don Guanella

### a) *Reseña de ideales, fantasías, deseos, realizaciones...*

Es un cuadro sumario, incompleto, pero suficientemente indicativo de la riqueza exuberante del espíritu de don Guanella.

Las referencias se realizan citando la fecha y el lugar, cuando interesa, con la actividad prevista, deseada o realizada, en sus distintas formas, como resulta de un recorrido rápido sobre su vida.

- **1863** - *Seminario*: misiones - niños y enfermos (durante las vacaciones estivales).
- **1867** - *Savogno*: escuelas - buenos hijos.
- **1868** - por las vocaciones: en Campodolcino...
- **1872** - escritor popular y ascético.
- **1875** - con don Bosco: oratorio - escuela de fuego - misiones...
- **1878** - *Traona*: colegio, “institución para el cuidado de la juventud” y vocaciones.
- **1882** - *Pianello*: “elementos y espíritu del Cottolengo”: huerfanitas - escuelas, taller con hilandería; luego asilo de niños, hospicio masculino y femenino para inválidos, ancianos, pobres: asistencia de enfermos a domicilio; también ciegos, sordomudos, deficientes, raquíuticos.
- **1883/84** - terremoto en Ischia - cólera en Nápoles (su oferta de ayuda).
- **1885** - *Ardenna*: escuela y catecismo.
- **1885** - aluvión del torrente Tartano.
- **1886 y ss** - *Como*: huérfanos, ancianos, inválidos, sordos, discapacitados mentales, ciegos, mudos, lisiados y todos los desafortunados que corren peligro de ser tratados como desechos humanos - ¡El Arca de Noé! - asistencia de enfermos a domicilio - jóvenes para el servicio doméstico.

**1890:** ancianos, enfermos, ciegos, sordomudos, estudiantes pobres, niños iniciados en un oficio - mujeres ancianas e inhábiles, sordomudas, discapacitadas, crónicas, empleadas de servicio, estudiantes.

Los sordomudos están en una sede provisoria, mientras no se prepara una sede propia; lo mismo para los dementes. 15 clases de necesitados; y... «no podemos detenernos mientras haya pobres a los que socorrer y necesidades a las que proveer».

Para entrar en la Casa de la Divina Providencia «no se pide otra cosa que el motivo del sufrimiento» (*La Div. Provv.* 1915, p. 206).

- **1890** - *Milán:* asilo de niños en la SS. Trinidad.
- **1891** - también la iglesia para el público: ministerio de almas.
- **1893** - *Milán:* asilo de niños en Via P. Castaldi.
- **1894** - *Milán:* asilo de niños en Pta. Vittoria.
- **1894** - *Milán:* San Ambrogio ad Nemus...
- **1894** - «sintió reencenderse el deseo de correr en auxilio de algunos Obispos misioneros» en visita a la Casa de Como.
- **1898** - *Milán:* Oratorio de S. Michele con apoyo escolar y escuela de otoño.
- **1903** - *Milán:* San Gaetano: huérfanos.
- **1903** - *Trenno:* colonia agrícola, semideficientes - ancianos.
- **1896** - *Belgioioso:* mujeres de cualquier edad y condición.
- **1897** - *Lora Santa María:* como desprendimiento de Como: ancianas, deficientes, huerfanitas.
- **1897** - propuesta de un IV voto para la asistencia a los enfermos contagiosos.
- **1898** - *Splügen,* luego *Andeer:* estación católica entre los emigrados.
- **1898** - *Roveredo:* para ancianas crónicas - colegio masculino - colonia agrícola.
- **1899** - *Capolago:* asilo de niños, oratorio femenino, refugio, luego también en *Castel S. Pietro* y *Maggia.*
- **1900** - *Promontogno:* misión católica entre los Protestantes, luego también en *Vicosoprano (1901).*
- **1900** - *Fratta:* sacerdotes necesitados - ancianos y ancianas - huerfanitas - discapacitados - oratorio masculino y femenino - asilo de niños - escuela profesional.
- **1900** - *Villanova del Ghebbo:* asilo de niños y obras parroquiales.
- **1900** - *San Cassiano del Meschio:* ancianos, asilo de niños, escuela laboral, oratorio femenino.
- **1900** - *Menaggio:* buenos hijos de familias de buen pasar económico.

- **1900** - *Stimianico*: mujeres necesitadas del pueblo y de condición civil decaída.
- **1900** - *Barzio*: asilo de niños - oratorio - ancianos - huérfanos - semideficientes.
- **1900** - *Nuova Olonio*: buenos hijos: colonia agrícola.
- **1900** - *Ardenno*: deficientes.
- **1902** - *Palestina*: su deseo: ¿una casa en Oriente?
- **1903** - *Roma*: colonia agrícola de Monte Mario.
- **1903** - *Roma*: refugio Pío X: deficientes, huerfanitas, ancianas (**1904**).
- **1906** - *Carpignano y Livraga*: asilo de niños - refugio femenino.
- **1906** - *Saronno*: solteras mayores: «aun siendo una rama nueva, nace necesariamente de la misma planta».
- **1908** - *Roma*: San José en el Triunfal: parroquia.
- **1908** - *Gatteo*: niños y preparación laboral.
- **1908** - *Ferentino*: huérfanos - ancianos.
- **1908** - Terremoto de Calabria: «me ofrecí en Roma, Milán, Como, para albergar a algún huérfano o anciano sobreviviente del desastre de Calabria».
- **1909** - *Trecenta*: juventud - obras parroquiales - ancianos y enfermos.
- **1911** - *Berra*: asilo de niños - escuela femenina.
- **1912** - Decretum Laudis.
- **1912** - *América*: emigrantes.
- **1913** - *Laureana di Borrello*: asilo de niños, múltiples miserias.
- **1913** - La Santa Cruzada por los moribundos.
- **1915** - Terremoto en la Marsica: huérfanos y huérfanas, en gran parte lactantes... 300 menores y entonces queríamos pensar también en los ancianos, porque la Providencia parece que nos los envía.

## **b) Algunas observaciones**

Como se ve, en sus Casas “Arca de Noé” subyace a menudo un criterio y una elección precisas, más que un caso o una fuerza mayor. «*A medida que la fundación se consolida, podrán dar refugio a una huerfanita, una discapacitada mental, una anciana abandonada y de allí adquirirán la consoladora seguridad de que la obra ha echado profundas raíces*» (L. MAZZUCCHI, *La vida, el espíritu y las obras de don L. Guanella*, Ed. Nuove Frontiere, p. 162).

Las obras eran pensadas como ciudadelas de la caridad, pulsantes de vida de toda edad, con grupos varios y complementarios. Luego las espe-

cializaciones y limitaciones sucesivas redujeron las categorías, hasta el grupo de tipo único, que luego fue acusado de ser pobre y mortificador... así nació el problema de abrir los Institutos hacia el exterior.

A menudo las Casas se deben adaptar y aceptar provisoriamente, y no por tiempos brevísimos, categorías nuevas e imprevistas: sordomudos, dementes o víctimas de terremotos. Se tiene la idea de centros de “primeros auxilios” o “salas de espera” para tener un puesto en el hospital, donde el enfermo espera la ubicación más oportuna.

Cada tanto la jefatura de policía enviaba alguno... Verdaderamente el Señor llegaba, en el pobre, en las horas más inoportunas e imprevisibles, y era necesario que el “siervo” estuviera listo.

### ***c) Un texto***

«La familia de la Casa es una única familia de hermanos que se aman y se animan recíprocamente. Cada clase de personas tiene su compartimiento especial... Pero eso no quita que unos no puedan reír y conversar con los otros: porque hace bien a los ancianos encontrarse con los niños y les hace bien a estos encontrarse con aquellos. Los ‘buenos hijos’ al ver a los hermanos sanos, se despiertan algo; y los sanos a la vista de los enfermos aprenden a amarlos y a compadecerlos. Pero no conviene que por largo tiempo habiten juntos, porque, por causa de la fragilidad humana, unos atormentarían a los otros; las visitas y las comunicaciones deben ser breves, como apariciones angélicas...» (L. GUANELLA, *R 1905*, Opera Omnia, Vol. IV, p. 1145).

### ***d) Los principios de toda esta acción pueden ser tomados de los diversos escritos del Fundador***

Entre los más característicos aparece un artículo publicado en la *Divina Providencia* con su firma, en 1900 (abril, pp. 26-28): “Índole y extensión de las obras de la Casa de la Divina Providencia”.

«La Casa de la Divina Providencia no tiene un programa determinado, o mejor dicho, tiene el suyo propio, y es de asegurarse la necesidad de una obra, para ponerse con empeño a comenzarla y proseguirla con la ayuda de Dios y la cooperación de sus benefactores, venciendo o luchando de continuo contra las dificultades que siempre se interponen. ¿No es quizás programa infalible del enemigo del bien, contrariar el bien a ultranza?

Entonces estas obras de la Pía Casa son obras de misericordia, y como tales se dividen en corporales y espirituales: más aún, a menudo el bien hecho al cuerpo sirve como de escala para ayudar también al alma.

La Casa abre sus puertas a aquellos pobrecitos que son rechazados en los otros asilos y hospicios, justamente porque para ellos no hay ayuda en otra parte. Ahora, ¿Jesús no dio su Sangre divina también por ellos?

Sin embargo como no conviene que quien tiene lo propio viva de los demás, porque sería robar a los verdaderos indigentes, así se requiere que quien apenas pueda contribuya de algún modo para el propio alimento, buscando también ayuda de los benefactores: quien está en condiciones de mantenerse por sí mismo, dé una pensión proporcional a sus fuerzas, y quien tiene poco dé poco, siempre que cada uno trate de no ser completamente de peso a la Obra.

Y aquí es necesario notar lo que ya es sabido: la Casa de la Divina Providencia no tiene otros fondos fuera de los que la Divina Providencia viene ofreciéndole cada tanto; entonces no puede renunciar a la pequeña contribución de los asilados.

Es útil mencionar aquí que muchas Instituciones Provinciales y Comunes gastan sumas conspicuas para la instrucción y la beneficencia; pero para ser éstas confiadas a personas asalariadas, la ventaja resulta muy limitada, y a menudo problemática.

Ahora, si estos Entes Provinciales y Comunes se valieran de la obra de quien trabaja únicamente por amor a Dios y por caridad, ciertamente emplearían mucho mejor su dinero, y podrían instruir, asistir y beneficiar a muchos más pobres, y no tendrían que lamentar dispersión de dinero y de fuerzas.

Nuestra Casa, es útil repetirlo cien veces, no es por nada un internado o una casa de educación. Ella es un asilo para los pobres que no encuentran refugio en otro lado.

Aquí se da alimentación, alojamiento, educación e instrucción en proporción a la condición de los asilados, y nuestra obra se presta de buen grado en ayuda de las Instituciones Provinciales y Comunes, en tanto sea llamada.

¿Sería oportuno alojar y mantener señorialmente a pobrecitos que, salidos de tugurios, deberán luego regresar a ellos? ¡No!

Aquí se pretende dar al pobre aquello que baste para sacarlo de la indigencia, pero sin moverlo de su estado: aquí se procura que lo que se le da esté condimentado por la caridad y por la fe para infundir en los asila-

dos, incluso físicamente, la fuerza y la robustez que los hacen a menudo objeto de envidia a los adinerados.

Por lo demás nuestra Casa procura ampliar cuando puede sus brazos para recoger un mayor número de necesitados, y esto se haría imposible si se trataran con demasiada largura los pobres aquí recibidos.

Sabiendo que todo bien proviene de Dios, nuestra Casa implora cada día, y varias veces al día, al Señor que le envíe el pan cotidiano, y la Providencia, generosa siempre con quien enteramente a ella se confía, no deja nunca de ayudarla.

Dada luego la oportunidad, no huye de extender la mano al rico, sin, no obstante, insistir indiscretamente, sabiendo que el corazón de los hombres está en las manos de Dios, quien dijo: “Mejor es dar que recibir. Quien da a los pobres, presta al Señor. Bienaventurado el hombre que hace suyas las miserias del pobre y del indigente, porque encontrará alivio en el último día de su vida”.

La Casa luego tiene la costumbre, mientras sus fuerzas lo permiten, de proveer inmediatamente a las necesidades urgentes. Sin embargo es algo que provoca escalofríos recordar aunque sea uno sólo de los múltiples casos en los cuales la infancia, expuesta a crueldades del alma y del cuerpo, reclama no sólo caridad cristiana sino también el simple sentimiento humanitario para ser liberada sin demora de su embrutecimiento y ser salvada.

¡Oh! ¡Bendito aquel que con la oración y con el auxilio viene en ayuda de esta obra de misericordia! ¡En el día de la necesidad los consuelos divinos vendrán a confortarlo! Y para obrar tanto bien, ¿quién no estará feliz de contribuir con su dinero, con su inteligencia, con su corazón?

Invocadas las luces de Dios, la Casa de la Divina Providencia extiende sus obras allí donde aparece más apremiante la necesidad, y donde la previsión humana ve una esperanza de éxito» (La Divina Providencia, *Índole y extensión de las Obras de la Casa de la Divina Providencia*, abril de 1900, pp. 26-28).

Deberíamos profundizar otras situaciones para descubrir el espíritu de don Guanella en las situaciones más imprevistas y diversas y comprender sus sentimientos y su orientación. El último quinquenio de vida resultaría de entre los más expresivos:

- las discusiones provocadas por la Visita Apostólica y el tormento del espíritu dividido entre el deseo de una aprobación precisa de la Institución, para la cual se requería un reordenamiento interno, y el rechazo de la propuesta de reducir algunas metas;

- la idea de la Santa Cruzada, tan cristiana y tan densa de fe;
- el viaje a América y el ansia de hacer de inmediato algo adecuado;
- hasta la vigilia del ocaso, aún en los lugares de la desesperación y del dolor provocados por el terremoto.

**e) *¿Qué cosa lo impulsaba aún por caminos nuevos, que hacía, cómo se vivían aquellas horas de prueba?***

Algunos textos, elegidos rápidamente.

Desde Boston, 31 de diciembre de 1912: «*Flaqueza y timidez nuestra no haber venido aquí al menos diez años antes. El deseo lo teníamos aún antes de hace diez años, pero fue necesario esperar la llamada de lo alto*» (*La Divina Provvidenza*, 1913, p. 17).

Abril de 1913: «Para el desarrollo de nuestras Obras... Al cumplir esta nuestra misión, como el principio, así el modo y la medida la recibimos de la caridad de Cristo. Cuanto más pobre sea un hombre, cuanto más desprovisto de medios y de apoyos humanos esté, tanto más debe ser preferido y ayudado por nosotros. Preferiremos a quien tenga un solo padre por sobre quien tiene ambos progenitores; a quien es huérfano por sobre quien no lo es; aquél a quien nadie cuida por sobre quien no está abandonado del todo; quien no es protegido y recomendado por sobre quien goza de favores y de recomendaciones» (*Ibidem*, p. 49).

Roma, 18 de enero de 1915: «Estuve a Avezzano con P. Bacciarini para evaluar la enormidad del desastre que ha abatido pueblos y aldeas como la hoz hace con el heno. ¡Qué ruina! ¡Qué desolación! - El alma está en pena. Por ahora he hecho lugar a una media docena de criaturas abandonadas y las conduje a nuestro Refugio de San Pancracio; de inmediato se verá qué hacer... Mientras tanto en la parroquia de San José rápidamente se ha constituido un Comité de Socorro. Habría regresado esta mañana a los lugares del terremoto, si me lo hubiera permitido la salud».

Ferentino, 18 de enero de 1915: «Mientras don Aurelio pasaba ayer por los Abruzos, yo me vine a Ferentino donde hay rastros de terremoto y el temor en la población que pasaba la noche a la intemperie... Mañana estaré en Roma para ver el fruto del Comité que se constituyó».



28 de enero de 1915 - una hermana de San Pancracio escribe: «Tenemos ancianas aturdidas y heridas, y también una niña de 16 meses, otra de 22 meses, hombres sordos y ciegos... Ha llegado ahora don Luis, quien dijo que quiere ubicar casi unos cincuenta huerfanitos y huerfanitas en San Pancracio, entre los cuales la mayor parte son lactantes: será necesario ubicarlos también en la cocina. Yo no sé cómo haremos. Dios ve y proveerá. Don Luis llegó aquí todo empapado y con tos; tenía la habitación caliente y podía quedarse, pero no quiso porque decía que tenía que partir con P. Bacciarini y otros sacerdotes en Avezzano y en otros pueblos para transportar aquí en automóvil otros niños... Vino hoy la condesa Stanga Parravicini y la mujer del Sr. Prefecto de Roma y otras señoras me trajeron aquí una anciana ciega toda masacrada encontrada desde hace varios días en las ruinas del terremoto y otras... Tenemos todavía a Jesús expuesto, y no dejará de ayudarnos en esta tormenta... Mientras tengamos fuerza para estar de pie, trabajaremos día y noche».

Roma, 1º de febrero de 1915: «En nuestros Hospicios tenemos más de 200 víctimas del terremoto: los pequeños de 2 a 6 años están en manos de las hermanas de San Pancracio. Mañana por la mañana mandaremos dos hermanas nuestras... a los lugares del terremoto. Irá también el infatigable nuestro P. Bacciarini con el fin de dar socorro también a los pobres ancianos, que allí también mueren de hambre y de frío. Estamos proveyendo a darles asilo» (*La Divina Provvidenza*, 1915).

Don Guanella es aún un torbellino de fe y de acción...

P. ATTILIO BERIA

## II. Documentos sobre la finalidad de la Congregación\*

Varios documentos: Estatutos, Constituciones, Reglamentos, La Divina Provvidenza, llevan una lista de las actividades que el Fundador había ya iniciado o en las cuales pensaba. Retomamos de allí algunas:

\* Cfr. don ATTILIO BERIA: “*El Beato Fundador Don Luis Guanella - Síntesis viviente / Espíritu y Carisma*”.

**a) *La Provvidenza (n. 1 - diciembre de 1892, p. 2s)***

«En la pequeña Casa de la Divina Providencia de Como, se encuentran hoy día asiladas más de doscientas personas, entre hombres y mujeres, niños y niñas, que pueden considerarse como clasificados del modo siguiente: (enumera 7) curas, hermanas y jóvenes aspirantes al estado religioso; ancianas abandonadas o crónicas, o afectadas por enfermedades mentales ligeras; jovencitas o adultas en espera de encontrar otro lugar donde prestar servicio; mujeres y jovencitas dedicadas a los talleres de la casa: imprenta, hilandería, etc.; ancianos, enfermos, débiles, sordomudos, etc.; estudiantes pobres; niños o adolescentes capacitados en distintos oficios: sastres, zapateros, albañiles, etc.

La Pequeña Casa está abierta a todos los desgraciados o necesitados que le lleguen enviados de cualquier parte...».

**b) *Estatuto de las Víctimas del Divino Amor (1892 ó 1893)***

También aquí recuerda 9 categorías de obras de caridad en uso en la Casa de Como (cfr. Opera Omnia, IV, p. 59).

La misma Casa de Como hospeda otras 6 categorías de pobres de sexo masculino (cfr. Opera Omnia, IV, p. 60).

Luego agrega: las Víctimas del Divino Amor se dedican también a la dirección de oratorios festivos y en el catecismo a los pequeños en las distintas parroquias.

Es útil recordar también la finalidad no asistencial antepuesta a toda esta lista, para tener la fisonomía más auténtica de la Obra inicial:

Sin olvidar que «Las hijas del Sagrado Corazón, nacidas y crecidas bajo los auspicios del Corazón Divino, se proponen la adoración perpetua conjunta con el ejercicio de las obras de caridad en general. La adoración perpetua es diurna y nocturna» (cfr. Opera Omnia, Vol. IV, p. 81).

**c) *Reseña histórica del Instituto de los Hijos del Sagrado Corazón (1898)***

El Instituto llamado de los Hijos del Sagrado Corazón está en la ubicación más amena y más saludable de Como y en un área de 30.000 metros cuadrados, provisto de construcciones nuevas para más de trescientas personas, rico en patios y huertos en abundancia.

Actualmente está habitada por unos cincuenta laicos, clérigos, sacerdotes que allí habitan “*more religiosorum*”.

Se aplican en general a las obras de caridad y dedican sus cuidados a alrededor de trescientos asilados diversos en distintas familias de menores abandonados, de pequeños artesanos, huérfanos, de estudiantes pobres, de ancianos impedidos, de enfermos crónicos de toda edad y condición en el ejemplo de la Pequeña Casa de la Divina Providencia y del Oratorio de San Francisco de Sales en Turín, de los cuales el Sacerdote Guanella por muchos años estudió las características.

La actual casa de la Divina Providencia en Como está provista de maestros para artes y oficios y también de docentes habilitados para la enseñanza desde las clases elementales a las del liceo, comprendidos también aquellos jóvenes que aspiran a entrar en la Congregación naciente.

Los Hijos del Sagrado Corazón abrieron también una estación católica para los obreros lombardos en Splügen (Suiza - Cantón Grisones).

#### ***d) Estatuto de los Hijos del Sagrado Corazón (1898)***

##### *Finalidad de la Casa*

1. El fin de la Casa es triple: asilo, trabajo e instrucción.
2. Se da asilo a: *a)* Niños abandonados, huérfanos, discapacitados, ciegos, ancianos, enfermos y abandonados de todo tipo; *b)* Jóvenes y adultos que se proponen retirarse del mundo con el propósito de pasar en la Casa la vida en obras de caridad en beneficio de los pobres asilados.
3. El trabajo tiene como finalidad: *a)* Dar una ocupación a todos los asilados, porque el ocio es el padre de los vicios; *b)* Proveer un oficio a quien está en condiciones de aprenderlo; *c)* Para obtener una ganancia honesta para la Casa.
4. La instrucción en general está unida al trabajo, y se da a todos los artesanos; es más cuidada en aquellos jovencitos inteligentes y piadosos que quieren hacer la carrera eclesiástica. (L. GUANELLA, *Estatuto HsC, 1898*, Opera Omnia, Vol. IV, p. 911).

#### ***e) Constitución de los Hijos del Sagrado Corazón (1899)***

Su finalidad es la santificación propia en la observancia de los Consejos Evangélicos y en el ejercicio de las obras de caridad en general.

En particular luego se dedican a las obras de Misericordia de hospedar a los niños necesitados, los ancianos abandonados, los crónicos, los huerfanitos, los mentalmente disminuidos.

Se aplican, como obras secundarias, a la instrucción y educación de la juventud en las escuelas y en los oratorios festivos. (L. GUANELLA, *C. HsC* 1899, Opera Omnia, Vol. IV, p. 941).

### *f) Reglamento de los Siervos de la Caridad (1905)*

1. Un corazón cristiano que cree y que siente no puede pasar delante de la indigencia del pobre sin socorrerla. En esto se conoce que se es verdadero discípulo de Jesucristo, si tiene caridad por los pobres y los que sufren, en los cuales es más viva la imagen del Salvador.

2. Los Siervos de la Caridad son, sin embargo, especialmente bendecidos porque el Señor confía a su cuidado:

a) los niños abandonados o de padres incapaces, o como sea, en situación de peligro; estos niños son la delicia del Corazón de Jesús;

b) los ancianos, los crónicos, los deficientes, los imposibilitados en general, los cuales, como el Parálítico del Evangelio, llegan gimiendo: *hominem non habeo!* (¡No tengo a nadie!).

Socorrer en el cuerpo y en el alma a tantos míseros, desilusionados por el mundo, traicionados por las amistades humanas, es también el buen oficio del Samaritano compasivo y lleva el buen fruto de las promesas divinas: “*beati misericordes*”...

Los buenos Siervos de la Caridad podrán alegrarse un día porque está escrito: “*beatus qui intelligit super egenum et pauperem in die mala liberabit eum Dominus*”.

c) Gravísimo deber en nuestros días es ir en socorro espiritual y corporal de nuestros numerosos hermanos que, obligados a emigrar a regiones extranjeras, encuentran allí a menudo la ruina de la fe con la misma ruina corporal. Demos gracias sin embargo a la Divina Providencia, que dirigió a los Siervos de la caridad en la Fundación, en Suiza, de algunas Iglesias, de algunos asilos y de un colegio a favor de los sufrientes y de los hijos pobres del pueblo.

d) Consecuencia natural de estas fundaciones es también la erección de escuelas de artes y oficios, los más comunes a las necesidades de la vida y más oportunos a las capacidades de los asilados.

e) Es del mismo modo providencial la fundación de las colonias agrícolas, en las cuales se emplean personas asiladas poco aptas para otras instrucciones, deficientes y semideficientes que, en el cultivo del campo, gozan de poderse rehabilitar.

Parecen múltiples las obras del Instituto de los Siervos de la Caridad, pero están tan conectadas y dependientes, como para formar un todo con la Institución que desde su nacimiento es comúnmente llamada: Casa de la Divina Providencia. (L. GUANELLA, R. SdC 1905, Opera Omnia, Vol. IV, p. 1145).

### **g) Reglamento de los Siervos de la Caridad (1910)**

*Se retoma el esquema de la Relación de P. Attilio Beria:*

- El instituto tiene carácter de Instituto-Asilo.
- Es servicio de caridad mediante las obras de misericordia corporales y espirituales.
- Para los hijos pobres del pueblo, los ancianos pobres del pueblo y el ejercicio de la vida apostólica:
  - entre los hijos pobres: preferir los niños a los mayores; huérfanos de padres; estudiantes; artesanos;
  - entre los adultos: limitados de mente, de fuerzas físicas o de salud corporal, de capacidad para procurarse el pan; asilados de toda edad y condición;
  - vida apostólica: es también finalidad del Instituto y para algunos sacerdotes el ministerio parroquial puede ser asumido de preferencia en las misiones. (L. GUANELLA, R. SdC 1910, Opera Omnia, Vol. IV, p. 1227).

### **En 1912**

El visitador, Mons. Balconi, por orden de Roma, insistía con don Guanella para que limitara las finalidades especiales, y las actividades de su instituto. En particular insistía para que excluyera la asistencia a los ancianos. Don Guanella, que estaba de acuerdo en deber limitar las actividades, no quiso en absoluto renunciar a la asistencia a los ancianos y redactó una carta que hizo firmar por todo el Consejo, el 25 de agosto de 1913, en la cual dice: *«El asilo de ancianos fue siempre principal finalidad y razón nuestra, puesta en evidencia en su unidad de concepto con el asilo de la niñez abandonada».*

La cuestión se resolvió, porque el Santo Padre asumió el tema y aceptó la idea del Fundador.

De tantos servicios caritativos, tras la selección realizada naturalmente por el tiempo, y el abandono voluntario de algunos, al final de la vida del Fundador permanecían: (remito a la biografía de P. Mazzucchi, que da la situación a la muerte de don Guanella):

- Ancianos enfermos o abandonados
- Pensionados.
- “Buenos hijos”
- Colonias agrícolas
- Niños (escuela elemental) y
- Artesanos
- Misiones católicas
- América y emigrantes
- Ministerio y Parroquias.

### III. El juicio de los contemporáneos

El juicio que la gente se había hecho de la actividad de don Guanella y de las finalidades a las cuales la Obra estaba dirigida surge de las intervenciones de las numerosas personalidades en ocasión de su muerte. Transcribimos algunos de “La Divina Provvidenza” de 1915.

*El Alcalde de Como:* «... infinita hilera de beneficiados, huérfanos sustraídos de los peligros de la calle y de la ignorancia; ancianos socorridos en la indigencia y en el abandono; infelices redimidos del embrutecimiento; miserias de la sociedad sanadas y convertidas en elementos a su vez útiles y benéficos».

«Obra intensa de caridad, de asistencia social, de elevación del pueblo y particularmente de los más abandonados y desdichados».

*En la imagen-recuerdo:* «Don Guanella fue el padre de los huérfanos, el amigo de los pobres, el benefactor de los míseros».

*L'Ordine* (Diario de la Provincia de Como): «... Obras destinadas a sanar tanto a enfermos del cuerpo y del alma, a confortar y aliviar tantas miserias, a dar asilo a tantos huérfanos y huérfanas, a tantos ancianos e inválidos, a tantos desdichados e infelices de distinto modo».

*L'Italia* (Diario nacional), transcribiendo algunos fragmentos del discurso del Cardenal Ferrari en las exequias solemnes de don Guanella: «Bajo las grandes alas protectoras de su obra providencial encuentran asilo y socorro obreros, ancianos, abandonados, todas las grandes y las pequeñas miserias que afligen a la humanidad aquí en la tierra... He aquí las obras de don Guanella: grandes hogares para los más desgraciados entre los humildes, los desechos de la sociedad, aquellos para los cuales ninguna otra puerta se

quiso abrir, ningún otro brazo se ofreció para la ayuda... Indíquenme dónde hay una obra de bien por hacer y allí me encontrarán – parecía decir – y se lo encontraba, en efecto, allí donde había una miseria que aliviar, una desgracia o un dolor que compadecer. En las casas de la Divina Providencia se reciben todos aquellos que tienen necesidad de ayuda y de socorro – hombres, mujeres, niños, ancianos, enfermos, deficientes, abandonados – y para todos se provee según las distintas necesidades... Don Guanella solía repetir: – Siempre me consideré instrumento de la Providencia, y abandonaré cualquier cosa cuando juzgara que no es querida por el Señor».

*Il Corriere della Sera*: «Entendió que su misión debía consistir en reaccionar, en la medida de lo posible, contra las desventuras más dejadas de lado. ¿Por qué se debía dejar por las calles a los discapacitados, como mendigos? ¿Por qué los pequeños huérfanos, los abandonados, no recibían asilo en institutos adecuados? En sustancia él pensaba – y este concepto guió toda su obra – que era necesario integrar la acción de los Institutos Filantrópicos existentes, para recoger a todos aquellos que, o por razones burocráticas, o por la irremediabilidad de sus deficiencias, o porque provenían de lugares excluidos de la jurisdicción de los Institutos, o por otros impedimentos, no podían recibir hospitalidad de los institutos mismos».

*Vida y Pensamiento* (Revista mensual de la Universidad Católica del Sagrado Corazón): «Cada una de estas fundaciones tiene una historia y una característica propia: la unidad es mantenida por el hecho de que surgieron todas bajo la dirección de don Guanella, coordinadas en su conjunto de signo benéfico, que abarcaba toda necesidad de los estratos y de las categorías más necesitadas bajo cualquier forma, del asilo para deficientes y para impedidos al hogar infantil, del hospicio para solteras abandonadas al orfanato, de la colonia agrícola a la asistencia de los obreros emigrantes, de la escuela elemental al seminario, del taller al hospital» (FILIPO MEDA).

## Conclusión

*Esta conclusión de P. Pellegrini (que escribía antes del Capítulo especial para la aprobación de nuestras Constituciones) ha de ser leída ahora como estímulo a una interpretación creativa de nuestras mismas Constituciones.*

Luego de estas y otras lecturas, cada uno querrá extraer sus conclusiones y sentirse libre de expresarlas.

Un Texto de Regla que presente la finalidad de la Congregación debería describir el compromiso confiado por el Fundador a la Congregación, en una forma históricamente exacta, jurídicamente comprometida, espiritualmente cargada de esa fe, entusiasmo, espíritu emprendedor que brillaron en el Fundador y le fueron reconocidos. Debe limitarse a un núcleo esencial, por encima y por fuera de las visiones restringidas y las adaptaciones de tiempos particulares; con una guía, eventualmente, que ayude a insertarnos en el contexto de los tiempos y de las exigencias determinadas, pero sin ligarse, siempre prontos a partir hacia otras más urgentes metas de caridad, en la medida que se revelan.

Puede suceder que en el texto de la Regla que quiera encontrar más aquello que nosotros pedimos a la Obra Don Guanella, que aquello que la Obra Don Guanella nos pide a nosotros; y sería también comprensible, porque puede ser concedido a un buen siervo el pactar con el patrón que considera mejor o más conforme a sus ideas. Don Guanella no buscó al Pobre (“Patrón”) que más se acomodara, sino al pobre más indiscreto, más exigente, más atormentado y más inquietante.

Considera sus Casas más como “primeros auxilios” siempre abiertos o “salas de espera” para tener un lugar en el hospital, donde el enfermo espera la ubicación más oportuna. Una obra así difícilmente se enmarca en las exigencias de perfección técnica, de organización científica que se quiere dar también a la asistencia; puede parecer que, de este modo, la Regla nos pretenda a todos héroes de fe listos a dejar cualquier organización actual para ir a buscar quién sabe qué miserias o catástrofes.

Nada de eso: bastaría con una Regla que no limitara el campo a las opciones alcanzadas una vez, cristalizando las posiciones alcanzadas en un tiempo dado. Una Regla que nos permita estar contentos, cada noche, del trabajo ordinario, cotidiano e intenso, pero que nos recuerde también el esplendor de nuestros orígenes y deje la duda de que algunas veces, alguien pueda ser llamado, impulsado a algo más, a comprender las miserias nuevas y más graves de los tiempos y a dejarse llevar donde el Espíritu lo puede mover.

Es verdad, es más cuestión de espíritu que de Regla; pero toca también a la Regla formar el espíritu.

Por expresar una opinión: la afirmación señalada más arriba y realizada en el Capítulo Especial parece ya mejor, más abierta, más capaz de evocar los horizontes casi infinitos de la caridad del Fundador, que aquella pasada en el texto *ad experimentum*, con un “catálogo” de pobrezas, innegablemente nuestro, pero tan limitado en los tiempos y quizá ya un poco superado por las necesidades y por las invitaciones del pueblo de Dios.





# PROFUNDIZACIÓN SOBRE LA FINALIDAD SECUNDARIA DE LA CONGREGACIÓN DE LOS S.I.C

**P. Piero Pellegrini**

*Es otra profundización de P. Piero Pellegrini, aplicada especialmente al valor de nuestros Institutos para niños, escrito en un período en el cual en Italia estos eran puestos en discusión. Incluso si la cuestión de los servicios educativos y a favor de los niños necesitados o en dificultades cambió muchísimo, especialmente en las sociedades occidentales, el artículo ofrece algunos buenos puntos de partida para un cotejo de lo que ahora estamos realizando en las diversas naciones con las intuiciones originales del Fundador.*

Una cuestión que se mantiene siempre abierta es la de la finalidad y de nuestro espíritu, ya sea por lo que respecta al conocimiento y a la reflexión, ya sea por las determinaciones prácticas que de allí se siguen.

Transcribo la propuesta de un grupo de estudio: «Se profundice el significado de carisma del Fundador con estudios directos sobre los escritos y actividades del Fundador y sobre el ambiente sociocultural cercano en tiempo y lugar al Fundador».

Luego se propuso también crear un “Centro de Estudios Guanellianos”. Y viene a la mente cuántas veces, desde el tiempo de P. Mazzucchi, se propone y se invita a este estudio; en el Capítulo especial hubo una decisión precisa. Pero este último Capítulo (se trata del Capítulo Especial del 1975-76), nos encontró todavía dedicados a discutir sobre los términos y por consiguiente inciertos acerca de cómo formular la finalidad en el texto constitucional y las opiniones estaban netamente divididas: a) formular de modo genérico la finalidad, dejando espacio práctico para formas nuevas: se

\* *Informazioni* n. 14, Noviembre de 1976.

nombró a los leprosos, a los adictos, a los decaídos moralmente y cada situación nueva de miseria; *b*) o detenerse en la tradicional distinción entre finalidades típicas, desde siempre reconocidas a la Obra Don Guanella, con aquellas variantes que no corroan “las estructuras propias del Instituto”?

En concreto se trata de los destinatarios de nuestra obra, los pobres; ¿qué pobres? ¿Los más pobres? ¿y qué asistencia ofrece a ellos la Obra don Guanella?

«La búsqueda – fue dicho en una intervención – debe ser realizada a través de estudios históricos sobre el carisma guanelliano: pero no es probable que se concluya que don Guanella eligió a los pobres más pobres en sentido absoluto; eligió una categoría de pobres: niños y ancianos, en tanto abandonados y necesitados de una casa y de una familia».

Otros cohermanos insistieron que la Congregación «se comprometa en la difusión del reino de la caridad entre los más pobres, haciendo surgir la pregunta: ¿debemos dirigirnos a otras categorías de necesitados, además de los ancianos, a los niños y a los discapacitados?».

Finalmente, se dijo: «se tiene la impresión (entre finalidades y destinatarios) de un pluralismo disorgánico, es decir, de direcciones numerosas y diversas que desorientan a los jóvenes».

Nos encontramos frente a una incertidumbre de principios que no ayuda a trabajar tranquilamente. Se percibe la crítica que cohermanos de algunos sectores dirigen a los otros: «no trabajan más por los pobres, por los más pobres: para ser verdaderamente guanellianos deberían trasladarse al tercer mundo (también de nuestra casa) donde hay real necesidad».

¿Qué cosa quieren decir todavía – se preguntó - nuestros institutos, y en fin, también nuestras parroquias, qué tienen de guanelliano?

Es aburrido insistir sobre estos argumentos, pero si hay desilusión, cansancio, pesimismo en algunos, me parece que una causa reside justamente en la falta de seguridad sobre la validez de nuestras obras tradicionales: como si todo estuviera equivocado y fuera urgente cambiar todo. Bien o mal, de toda esta crítica parecen salvarse apenas las obras, no numerosas (*en aquellos tiempos*), para ancianos y discapacitados.

Pero formularse estas preguntas significa sentir vivamente los problemas de nuestro tiempo; no saber qué responder y dejar madurar las cosas por su cuenta no es responsable; asustarse y escapar del terreno es ciertamente la solución menos guanelliana, porque muy probablemente retirándonos dejaremos abandonada a tanta pobre gente.

Por esto, discutir de carisma y de finalidad significa alimentar nuestra fe en Dios, autor de toda gracia; razonar de las categorías de pobres y

de más pobres quiere decir estar actualizados con los problemas sociales y asistenciales y en regla con los métodos pedagógicos.

Si, al final, nos quedara la duda de no ser perfectamente guanellianos en alguna forma de pastoral de la caridad, nos podremos adaptar, convencidos de que en la Iglesia ningún religioso puede reducirse a una caja sellada con exclusiva marca de fábrica, correspondiente al contenido: lo que cuenta es que se promueva con mano firme el reino de la caridad.

Todo esto sin embargo nos estimula a llevar adelante la reflexión en por lo menos dos direcciones:

- una general: la presencia del Fundador en nuestras comunidades y obras;
- otra particular: el significado de la presencia guanelliana en los institutos.

## **La presencia del Fundador**

Encargado de preparar para el Capítulo General una relación sobre nuestra vida religiosa guanelliana, con referencia particular al Fundador, me pareció útil proponer la profundización del tema de la vida común entendida por don Guanella, y en la medida de lo posible, reconstruirla hoy a partir de los textos y de la historia.

Las pocas menciones son presentadas para que sirvan para revalorar ciertas formas nuestras todavía no olvidadas, pero a veces un poco menos presentes.

Habiendo don Guanella partido para una experiencia de vida con don Bosco, es oportuno ver cuál pudo ser esta experiencia: cómo don Bosco enseñaba la vida común y cómo era concretada por los salesianos de la primera generación.

Un texto de don Bosco es suficientemente expresivo, incluso porque tiene una formulación muy similar a textos que se encuentran en don Guanella:

«En esta sociedad... todos los asociados hacen vida común, unidos solamente por el vínculo de la caridad fraterna y de los votos simples, que los une en modo que formen un solo corazón y una sola alma, para amar y servir a Dios con las virtudes de la pobreza, de la castidad y de la obediencia, y con un tenor de vida estrictamente cristiano.

El vínculo que mantiene unidas a las Congregaciones es el amor fraterno. Creo que podemos llamarlo el perno sobre el cual giran las Congregaciones religiosas» (*La Comunidad salesiana*).

Qué haya significado en práctica para don Bosco esta afirmación se lo están preguntando actualmente los mismos salesianos. Observa uno de ellos:

«El amor entre los cohermanos, en el estilo salesiano, es más efectivo que afectivo, justamente como acontece en una familia numerosa, cuyo papá y mamá se demuestran recíprocamente su amor, con el mutuo acuerdo y trabajando incesantemente para el mantenimiento y la educación de los hijos. Los salesianos no son cónyuges sin prole, que concentran todo su afecto en las relaciones recíprocas, sino que son padres de una gran familia, que manifiestan principalmente el amor en la relación con los hijos, por los cuales inmolan toda su vida».

Y, profundizando la investigación, propone este cuadro:

«Un interrogante nos martillea en la mente desde hace tiempo: ¿cuál es el carisma comunitario propio de la vida salesiana? Hoy, formas y exigencias nuevas se perfilan en este sector. No parece entonces fuera de lugar examinar atentamente la vida y la tradición salesiana para vislumbrar los puntos esenciales y característicos de dicha vida comunitaria. Documentaremos rigurosamente nuestro análisis, de modo tal que brille con luz meridiana que la novedad característica de tal concepción comunitaria no es la de una comunidad de religiosos que se dedican a un apostolado juvenil, sino de un conjunto de educadores que forman con los educandos una única comunidad educativa, una única familia.

Un ejemplo de dicho estilo de vida se tiene, aunque con algunas características diversas, en la obra del Blouet sobre los seminarios de Francia. Él escribe: “Los tres solitarios de Vaugirard nos daban así la noción de la nueva obra, en la cual, siendo suprimidas todas las distancias entre maestros y discípulos, la educación será el fruto de una completa comunidad de vida entre unos y otros. Los discípulos, al llegar, tomarán su lugar al lado de aquellos que los esperan y que serán más los compañeros de sus vidas que sus maestros.

En lugar de una asamblea diversificada, en la cual se vería un Superior únicamente preocupado de administración y de vigilancia, un Ecónomo exclusivamente absorto de los cuidados materiales, profesores acantonados entre sus libros y expuestos a buscar fuera de casa ministerios o relaciones incompatibles con su misión, nosotros tenemos una comunidad perfectamente homogénea de verdaderos educadores, y de verdaderos padres de nuestros niños, al servicio de los cuales ellos ponen en común su ciencia, su experiencia, sus observaciones cotidianas, su solicitud más delicada y más atenta”».

He aquí el tema que nos hemos propuesto examinar:

«... La vida comunitaria entre aquellos primeros colaboradores de don Bosco se agotaba toda en el trabajo que ellos realizaban en torno a la juventud bajo la guía de Él».

También don Guanella, como don Bosco, afirmó la preeminencia del vínculo de caridad; son conocidos los textos:

«La Congregación de los Hijos del Sagrado Corazón... es una pía unión de sacerdotes y de laicos que viven unidos por el vínculo de caridad y por los lazos de los votos simples» (L. GUANELLA, *Constituciones de los Hijos del S. Corazón*, 1899, Opera Omnia, Vol. IV, p. 943).

«De todos se haga como uno solo y de los afectos de cada uno se constituya, como de los granos de trigo molidos, mezclados, amasados, un solo pan que luego se ofrece a la mesa común para reavivar con el cuerpo también el corazón de los comensales» (L. GUANELLA, *Máximas de espíritu*, 1889, Opera Omnia, Vol. IV, p. 22).

«Las comunidades de hoy en día especialmente en las religiosas y luego también en los religiosos se sostienen ligadas sobre todo por el vínculo de caridad y con este simple y noble vínculo del amor se santifican a sí mismas y edifican al prójimo. Es gran cosa poder decir: llegué a este lugar de muy buen grado y aquí habito inducida por ningún otro vínculo que mi voluntad, que deseo esté siempre unida a la voluntad santísima del Señor Dios mío» (L. GUANELLA, *Máximas de espíritu*, 1889, Opera Omnia, Vol. IV, p. 23).

Quizá es éste el texto más antiguo al respecto (1889).

Uno entre los más recientes:

«La primera idea fue la de un vínculo de caridad: maduró luego la idea de una Congregación aprobada» (*Fragmenta*, II, 13, p. 4, luego de 1912).

Don Luis Guanella nos propone textos similares al de don Bosco. Y nosotros también, como los salesianos, nos preguntamos qué significado práctico tenían todas aquellas afirmaciones, qué cosa querrían decir, puestas en el marco de la vida religiosa de cada día: vida que, es conocido, tenía más intensos vínculos con los asistidos, más que estar hecha de actos comunitarios entre cohermanos.

En relación a la descripción mencionada de los salesianos, se debería leer toda la sección del Reglamento 1905 sobre el sistema preventivo; a la base don Guanella pone la imagen-guía de la familia de Nazaret, tomada como modelo de la Casa; y en esta perspectiva inserta toda la actividad global de la casa: los cohermanos y los asistidos en la actividad, incluidos los asilados.

En esta familia los cohermanos encuentran la manera de establecer entre ellos relaciones especiales, consecuentes con la elección del vínculo de caridad que los liga entre ellos y de los votos religiosos; pero todos presentes en casa, sector por sector, viven la propia unidad familiar en los compromisos cotidianos vividos en común: oración, estudio y trabajo encuentran profundamente asociados a cohermanos y asistidos y toda persona presente en la casa, constituyendo una realidad educativa bien definida por el término “familia”.

Probablemente el cuadro retomado por los salesianos, con una cierta acentuación de las relaciones entre los cohermanos, puede resumir bien también la primera experiencia de vida común guanelliana.

Se podría observar que aquí, más que en el método preventivo, está la verdadera novedad de la pedagogía cristiana, novedad que en aquel tiempo se está insertando también en las familias donde la formación planteada sobre el rigor de la autoridad se atenúa en una relación más igualitaria y dialógica. Don Guanella, como es sabido, vivió en sí mismo este pasaje como historia personal, del autoritarismo rígido de familia a la experiencia de joven educador “democrático” en el colegio Gallio. Puede suceder que, por influencia contrastante de la formación recibida y de sus exigencias personales, sus intervenciones pedagógicas no hayan sido siempre coherentes, pero la elección de fondo de un sistema nuevo es indiscutible.

Es interesante relevar ahora que, en las casas donde esta forma de convivir es más fácil y favorecida por diversas condiciones, los cohermanos afirman la validez de su obra en cualquier sector en la que ella se manifieste; cuando en cambio se acentúa el desapego de los asistidos, que no forman más “familia” con los cohermanos encargados, entonces se siente más a menudo surgir la pregunta embarazosa: *¿Qué significado tiene entonces la presencia guanelliana? ¿Para qué sirve esta obra?*

No quisiera simplificar demasiado el problema y quizás exagerar orientando la reflexión a los Institutos educativos en particular: la forma de los grupos-departamento, que parece el punto de llegada de la pedagogía moderna (propuesta en alternativa a los Institutos), todo sumado, aparece una profundización y una especialización o al máximo una variante de método sobre el principio general de hacer comunidad-familia con los alumnos: un par de educadores unidos en comunidad con un grupito de jóvenes y el “mini-modelo” de nuestra misma opción pedagógica. Reconociendo a las estructuras su lugar y también un peso a menudo notable, debe subrayarse que en el centro de la familia no están las estructuras, sino el corazón.

Es lo que se pide todavía hoy para ser originalmente guanellianos.





# Indice

---

Presentación .....	pag. 5
Introducción: el espíritu propio de los guanellianos .....	» 7
Espíritu y espiritualidad (P. Piero Pellegrini) .....	» 9
– Una fe personal que involucra todo nuestro ser .....	» 10
– Modelos de espiritualidad .....	» 12
– La espiritualidad agustiniana .....	» 15
– La personalidad de don Luis Guanella .....	» 16
– Su intuición fundamental: la paternidad de Dios .....	» 20
• Los principios .....	» 20
• Las consecuencias .....	» 20
• Los documentos .....	» 22
La figura de don Guanella (P. Leonardo Mazzucchi) .....	» 29
<i>Un corazón y un rostro</i> - En recuerdo y a imitación .....	» 29
<i>¿Una espiritualidad?</i> - Para un estudio y una práctica .....	» 34
– Síntesis de la doctrina espiritual elucidada a partir de los escritos, de la vida, de la tradición .....	» 34
<i>El pensamiento</i> .....	» 44
– Este número se completa con la cronología revisada y mejorada, publicada en el Charitas n. 103 .....	» 44
Síntesis sobre la espiritualidad de don Guanella (P. Leonardo Mazzucchi) .....	» 47
I. Camina en la presencia de Dios, mirándolo con amor de hijo .....	» 48
II. Con gran confianza en la Providencia .....	» 48

III. Alimentando con la oración ferviente tu piedad: “Orar” .....	pag. 49
IV. Reforzando tu vida espiritual con el sacrificio: “Padecer” .....	» 50
V. Con corazón ardiente de caridad hacia el prójimo ..	» 51
VI. Con celo de apóstol ferviente e incansable .....	» 52
VII. Con espíritu de amplia mirada, unido a actitudes de benevolencia y misericordia (sistema educativo) y a laboriosidad incansable .....	» 52
La finalidad de la Congregación de los SdC (P. Piero Pellegrini y P. Attilio Beria) .....	» 55
I. La vida de don Guanella .....	» 57
a) Reseña de ideales, fantasías, deseos, realiza- ciones... ..	» 57
b) Algunas observaciones .....	» 59
c) Un texto .....	» 60
d) Los principios de toda esta acción pueden ser to- mados de los diversos escritos del Fundador ...	» 60
e) ¿Qué cosa lo impulsaba aún por caminos nuevos, que hacía, cómo se vivían aquellas horas de prueba?	» 63
II. Documentos sobre la finalidad de la Congregación ..	» 64
a) La Provvidenza (n. 1 - diciembre de 1892, p. 2s)	» 65
b) Estatuto de las Víctimas del Divino Amor (1892 ó 1893) .....	» 65
c) Reseña histórica del Instituto de los Hijos del Sa- grado Corazón (1898) .....	» 65
d) Estatuto de los Hijos del Sagrado Corazón (1898)	» 66
e) Constitución de los Hijos del Sagrado Corazón (1899)	» 66
f) Reglamento de los Siervos de la Caridad (1905)	» 67
g) Reglamento de los Siervos de la Caridad (1910)	» 68
En 1912 .....	» 68
III. El juicio de los contemporáneos .....	» 69
Conclusión .....	» 70
Profundización sobre la finalidad secundaria de la Congrega- ción de los SdC (P. Piero Pellegrini) .....	» 73
– La presencia del Fundador .....	» 75

*Fotocomposizione di*  
**3F PHOTOPRESS**  
Viale di Valle Aurelia, 105  
00167 Roma - Tel. 06.3972.4606  
E-mail: [tipo@3fphotopress.it](mailto:tipo@3fphotopress.it)

